

Primera Noche f. 1.
Segunda ........ 24
Tercera ........ 58.
Cuarta ........ 84
Quinta ........ 107
Sexta ........ 134
Septima ........ 156
Octava ........ 182

# NOCHES
# DE SANTA MARIA
# MAGDALENA.

# NOCHES
## *DE SANTA MARIA MAGDALENA*
EN FORMA DE MEDITACIONES:

OBRA

DEL ABATE JUAN DOMINGO JULIO,

Traducida del Italiano al Español

*POR*
*El Presbìtero Don Manuel de Echeverria y Peñalver, Doctor en Sagrada Teologia.*



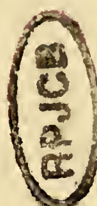
HABANA.

CON LICENCIA: OFICINA DE LA CAPITANIA GENERAL — MDCCCVIII.

[redacted]

Año de
1817.

Soy de Da



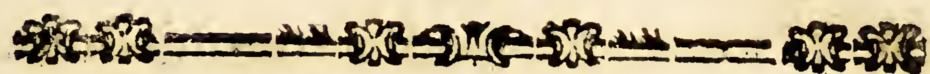
# AL LECTOR.

El frontispicio de este libro llama á la memoria la idea de otra obra escrita en igual método y estilo, venida desde el clima Ingles á nuestras mismas regiones. Se podria decir con fundamento que estas NOCHES han espiritualizado las del melancòlico *Young*; ni hay en esto algun inconveniente. ¿Acaso algunos ingenios demasiadamente propensos á dificultades y cavilaciones juzgarán exceso en una muger habitante en su retiro de penitencia las palabras y conceptos filosòficos con que ella se produce? Mas, ¿por què usarémos de indis-

crecion con una gran parte del mundo racional, creyendo á la muger incapaz de fixar con prolixidad sus pensamientos sobre objetos sólidos y magestuosos, de elevarse sobre su esfera con el entusiasmo de la imaginacion, y de transportarse meditando á admirar las obras del Sér Supremo? La Magdalena muestra un carácter de Filósofa en estas NOCHES: no lo niego. Quiero decir, que la Magdalena raciocina, une ideas todas análogas à sus circunstancias, deduce conseqüencias, sube por grados, y llega finalmente á ver en Dios cosas admirables. ¿Por ventura el sexo

femenino, el bosque taciturno, la compuncion lagrimosa, debian poner algun obstàculo á estas elevaciones de espíritu? Ciertamente no se harian tantas admiraciones, si fueran intituladas: *Noches de una Myladi Inglesa*; ¿y será cosa extraña, que sean de una Señora de Palestina? No hay argumento suficiente para negarla una solidez y energia de espíritu, que unidas á una educacion culta, y proporcionada á la opulencia de su estado, eran oportunas á remontarla sobre su constitucion, mortal, y encenderla en las llamas de una fervorosa y sublime contemplacion.

En verdad, este libro no fue dado á la luz para entretener y fomentar la piedad de una mugercilla incapaz y de cortas luces. ¿Pero los libros espirituales siempre han de ser destinados á un ojo popular? ¡Así acontezca, que el lector culto, piadoso y de ingenio, encuentre en estas pocas páginas un pasto devoto y nutritivo de su espíritu! Hé aquí mis votos en la traduccion de esta pequeña obra del Abate Juan Domingo Julio, autor de las *Noches de San Agustin*, cuya traduccion (aunque de mayor volumen) prometo al Público, si la presente fuere de su aceptacion.



# *NOCHES DE SANTA MARIA MAGDALENA.*



## PRIMERA NOCHE.

---

### *MEMORIAS*

*De las ofensas hechas á Dios.*

Aléjate, ó sueño, aléjate de mis ojos. Sueño, dulce reposo despues de los trabajos del dia: sueño, agradable tregua en medio de los cuidados y afanes de la infeliz humanidad; dirige hácia otro rumbo tu vuelo taciturno,


A

y déxame en poder de mi dolor. La noche ya se halla en la mitad de su carrera, todo respira silencio y quietud profunda. Los pocos páxaros y las fieras, que con sus cantos y bramidos interrumpen en el dia el silencio de este yermo solitario, tambien han concedido el descanso á sus miembros y clamores. El solo buho va repitiendo con tono lúgubre su triste graznido, y con sus voces lamentables estimula la efusion de mi llanto. Sombras amables, que con vuestro fùnebre velo escondeis mis angustias á la vista de los mortales; tinieblas y obscuridades, que ocultando todo objeto á mis ojos, me guiais sola á lo mas secreto de mi corazon, presentad ahora á mi memoria los años infelices de mi ignorancia y de

mis yerros. Nazareno Jesus, mi amor y mi Dios: tú, que elevado sobre las esferas celestes á la diestra de tu divino Padre, desde el trono de tu inmensa gloria, recibes contínuos homenages de las angélicas gerarquias, y de los hombres redimidos con tu sangre; tú, testigo no menos de mis culpas pasadas, que de la compuncion de mi afecto, no desdeñes el miserable tributo de mis lágrimas. Si en mi vida anterior yo te ofendí, sabes que ahora te amo; si como oveja ingrata abandoné el redil de mi pastor, no ignoras que despues de haber sido acogida por tu benignidad he seguido siempre tus pasos. Pero no, no dudo de tu clemencia: muchas fueron las pruebas que de ella me diste;

ántes bien, ésta tu misma bondad forma al presente el mas cruel de mis tormentos. Tú me amabas quando yo te ofendia, y mientras olvidada de mi salvacion multiplicaba el número espantoso de mis delitos, tú, en vez de descargar sobre esta criatura rebelde los golpes tremendos de tu justa cólera, me contemplabas con las ojeadas propicias de tu misericordia, procurando conducirme de nuevo á tu seno para colmarme de beneficios. ¡ Ah bondad suma, muy tarde te he conocido! ¡ Ah Dios de amor, muy tarde me acerqué á tí para amarte! ¡ Dias de mis excesos é ingratitudes, quien pudiera borraros de la série de mis años! ¿ Y qué cosa pretendia yo, Dios eterno, quando separada de tí me encaminaba por

las vias de la perdicion y del vicio? ¿Qual era el objeto de mi esperanza, y de mis deseos? Desdichada humanidad! ¿Por qué te ciegas con el esplendor vano y falaz de los placeres terrenos? Nace el hombre en la tierra para correr presuroso al término de su felicidad, que solamente puede encontrar en el seno de su Dios, se dexa transportar de una variedad infinita de afectos y deseos, y se ve sepultado repentinamente en un abismo de afliccion y de miseria. ¡Desventurados mortales! ¿Qué utilidad trae consigo la satisfaccion de nuestros gustos delinqüentes? El gran Dios que nos hizo únicamente para sí, al mismo tiempo nos dió un corazon que jamas puede encontrar reposo sino en él; ni paz hasta que llegue

á gozar de su autor. ¿Hasta quando pues os dexaréis seducir de la ilusion, y correréis tras de la vanidad y de la mentira? Yo me encontraba en la primavera de mis años, puntualmente en aquella misma edad en que por ser todavia extrangeros y poco experimentados en el mundo, este nos acaricia mas con la aparente dulzura de sus atractivos para ganarnos y hacernos de su partido. Ofreció á mi vista una perspectiva seductora de falsas delicias. Me incitaba á seguirle con promesas y esperanzas lisongeras. Yo no veia en su reyno sino amenas llanuras cubiertas todas de flores. Seducida abandoné á mi Dios, y entregada libremente y por eleccion al dominio del placer; corriendo adonde me guiaba el

capricho, comenzé á buscar la felicidad léjos de mi Dios. La diestra benéfica de mi Señor una y mil veces se industrió en sujetar el ìmpetu de mi carrera, pero siempre en vano. En vano me llamaba ya en aspecto tierno y suave, ya con indicios terribles y severos. A fin de no dexarme perecer hacía sentir en lo mas íntimo de mi corazon los esfuerzos de un afecto paternal, las voces de un dulce amor, las promesas de su bondad, y amenazas de su justicia. Ya procuraba despertar en mi ánimo nobles ideas y sentimientos generosos, proponiendo á mi inteligencia las extrañas bellezas de la virtud, y llenando mis potencias de un rubor inaudito con el aspecto monstruoso del vicio. Ya èl mismo se presentaba á mi

espíritu en semblante todo de amor, diciéndome: hija, ¿por què me desamparas, y adonde caminas? Ya con rostro ceñudo manifestaba sus iras, y mi eterno destino á las llamas de un fuego inextinguible. Y yo siempre sorda á tan fuertes llamadas proseguia mi camino acercándome siempre mas á la perdicion. Así despues de muchas resistencias, combates y desprecios de la divina gracia llegué por fin á sacudir de mí misma todo horror saludable de la culpa, y desnuda de todo remordimiento me encontré en medio de una espantosa indiferencia, que es el mas funesto presàgio de una muerte inevitable y eterna. Sin embargo, quanto mas me obstinaba yo en morir, tanto mas eficaces eran los médios de que

usaba la divina bondad para alejarme de mi justa ruina. Ya casi parecia que me hubiese abandonado al dominio de mis antojos, quando yo experimentando un gozo excesivo en mi libertad, toda me entregué á una vida la mas licenciosa. Y tú, entre tanto, Dios de las misericordias, ¿ con qué industrias tan piadosas no meditabas proyectos de inefable sabiduria á favor de mi rescate? Tú vertias hiel en todos mis deleytes: tú me hacias gustar amargura donde yo esperaba encontrar placer en mayor abundancia. ¡ Quantas veces en medio de la risa y alegria se atropellaban para sufocarme los suspiros involuntarios del corazon! ¡Quantas veces despues de haber consumido el dia, y gran parte de la noche en recoger

deleytes, encontraba en mi dorado lecho la tristeza y el disgusto! ¡Quantas veces despues de haber estudiado modos de saciar mi corazon con una variedad incesante de contentos, no hallaba en él sino un vacío capaz de reducir á la ùltima desolacion al hombre mas satisfecho de sí mismo! Yo con violencia culpable quise tenerle abatido, y aficinoado á la tierra; pero èl no encontrando su reposo, y sintièndose enlàzado sin poder restituirse à su libertad nativa, gemia inconsolable baxo el peso de sus cadenas, baldonándome la tirania de mi injusto manejo. Yo procuré engañarle con encantos dulces y alhagüeños; pero á la ansia con que satisfacia el hambre insaciable de sus gustos, succedia la náusea acompañada

de una hambre siempre mayor. Aspira el hombre en la tierra á llenar sus apetitos, y á conseguir el contento. Ah! es preciso dar otro giro á nuestros pasos: la verdadera felicidad no habita en esta region de llanto: aquí no hallaremos mas que apariencias falsas y engañosas. Siendo hechos para el Cielo, no encontraremos lo que buscamos sino en aquella mansion augusta. La extension de nuestros deseos nos sirva de desengaño. Jamas podrá hacernos plenamente dichosos todo lo que es finito y sujeto á la revolucion, á la decadencia y á la ruina. Pero somos llevados del engaño. El hombre se equivoca en sus juicios, y para pesar las cosas se sirve de balanzas sujetas al error. El forma gran concepto de los ob-

jetos vecinos, y de todo aquello que hace impresion en sus sentidos, puntualmente como los niños que juzgan la llama de una antorcha superior en grandeza á las desmesuradas moles, que brillan en el Cielo con sus resplandores. Así desprecia las cosas distantes y que no pueden sér penetradas sino de la vista interior del entendimiento. De esta suerte degenerando vilmente de su dignidad, y perdiendo la guia de una luz celestial recibida del Criador para entrar con su direccion en las sendas de la sabiduria y de la bienaventuranza, se abandona ciegamente al dominio de sus brutales apetitos. Con este manejo tan digno de compasion renùncia á la divinidad que lo eleva á sublimes empresas, y restringiendo sus

miras á la tierra, va rateando por el suelo incesantemente para alimentarse á semejanza de los brutos, de quanto le presenta este ingrato terreno. Providencia bènefica de mi Dios; tú pusiste al hombre aquí en la tierra para que habitase en ella como de paso; y así dispones sábiamente las cosas en tal modo, que jamas podamos colocar en alguna parte nuestra cabeza, ó para procurar un reposo, ó para entregarnos al sueño sin encontrar al instante molestas espinas que perturben nuestra quietud, y nos estimulen á proseguir nuestro viage hácia al término adonde somos destinados. Es indubitable que en todas las vicisitudes de las cosas se encuentra siempre una cierta mezcla de amargo y de dulce,

de bien y de mal. Comparece festiva la aurora derramando sobre el orizonte su luz y su alegria; pero presto vuelve la noche y todo lo encierra en sus tinieblas. La primavera viste los campos con variedad y hermosura: la succede el verano rico de muchos frutos; pero inmediatamente se sigue la crueldad del invierno, que destruye todas las cosas con sus escarchas, deshoja los arboles, seca las flores y yerbas, y sepulta toda la naturaleza en una profunda inaccion. Así despues de haber soplado por algun tiempo los benignos abregos huyen perseguidos de los cierzos bravos y helados; y mientras todas las cosas prosiguen la contínua alternativa de su curso, apénas nos muestran una parte pequeña de felicidad, quan-

do nos privan de sus útiles producciones: apènas nos presentan sus bellezas, y ya las esconden á nuestra vista. La sanidad misma de nuestros cuerpos se halla sitiada de una variedad de males sin número: nuestras prosperidades tienen siempre la adversidad en su inmediacion: la juventud mas lozana muy presto se transforma en una inútil vejez: todos comenzamos la carrera en la cuna, y en breve llegamos á terminarla en el sepulcro. En suma todas las cosas nos avisan que no es esta la tierra de nuestra felicidad: todas nos exhortan á buscar en otra parte la residencia de nuestra bienaventuranza. En toda la tierra resuenan estas mismas voces, y adonde quiera que el hombre se vuelva con su pen-

samiento, es preciso que las oiga y se conmueva. No es un efecto del acaso la multitud de molestias y pénas que aquí se encuentran. El Sér Supremo, que nos produxo, es infinitamente benéfico, ni en vano distribuye con medida tan escasa sus bienes en esta tierra de desdichas. El nos desea felices; mas no en esta mansion transitoria, ni con una felicidad comun á las béstias, sino proporcionada á nuestra grandeza y dignidad, y adquirida por nuestra industria con el desprécio de lo vil y de lo exêcrable. No inútilmente semuestra en cierto modo mas liberal con los brutos que con el hombre en los dones terrenos y temporales. Mientras provee de abundante alimento â los páxaros, á los quadrúpedos, y á los peces,

al hombre extraviado de su primitiva inocencia lo apacienta con un pan muy escaso que le suministra la tierra empapada en su sudor. Mientras las ovejas y demas habitantes insensatos de los valles y desiertas campiñas se encuentran vestidos por la misma naturaleza, está el hombre expuesto al rigor de los climas y de las estaciones, no encontrando la defensa sino en su propio trabajo. El Dios de las misericordias que aun en medio de sus enojos no olvida la clemencia, que castigando al hombre extraviado á un mismo tiempo le hiere y sana con la pena, este Dios de bondad le proporciona el remedio para enseñarnos en los sufrimientos á que nos condenó, que la tierra es lugar de nuestro destierro, y no

de nuestra habitacion. Tales son, ó Dios adorable, tus disposiciones benèficas á favor de los hombres; y yo â pesar de las mismas, á despecho de tan grande amor tuyo me obstinaba en hacerme infeliz. Yo conocia que los placeres terrenos eran capaces de atormentarme, yo experimentaba que á medida de las repeticiones en mis deleytes se alejaba la paz de mi corazon, y sin embargo no me reducia á dexar mis gustos delicados y sensuales: no tenia valor suficiente para abandonarlos, ni fuerzas para un desapego tan violento. Unas veces queria, otras rehusaba semejante al perezoso que tendido en su blando lecho una y mil veces resuelve entre sueño y vela abandonar su largo descanso, y otras tantas

permanece inmoble detenido de su misma inaccion. Determiné algunas veces mudar mi depravada vida; pero mis flacos deseos despues de breves momentos perecian por su languidez, dexándome inmoble en el opróbrio de mis males. Como un enfermo debilitado me apoyaba por un momento para levantarme; pero vencida por el peso del mal hábito que me oprimia, quedaba postrada inmediatamente en mi primera situacion, y abandonando el pensamiento de restituirme á la virtud estudiaba modos de formar una felicidad en mi deplorable estado. Juzgando poder suplir la insuficiencia de los deleytes terrenos con la multiplicacion de su número me entregaba totalmente á ellos de manera, que extinguiesen en mí

la razon y la conciencia. Estos eran mis esfuerzos. Me hallaba incauta en la extremidad del precipicio con peligro contínuo de ser víctima de la desgracia; mas no gustando de la separacion volvia mis ojos á otra parte à fin de engañarme á mí misma, y no ver la ruina que amenazaba. ¿Es posible, gran Dios, que el hombre llegue á tal exceso de ceguedad, que se juzgue seguro porque no piensa en los peligros que le rodean? Así sucede en efecto quando el nècio separado de tu santa ley resuelve vivir léjos de tí: tu memoria le produce tribulacion y amargura, y por eso estudia en borrarla de su mente, pareciéndole se oculta á tu poder quando adquiere un estado de insensibilidad en que no oye la

voz de tus amenazas. Así da extension mayor á la funesta cadena de sus gustos delinqüentes, siempre teme libertarse por un poco de su disipacion y volver en sí mismo por no percibir los internos baldones, por no conocer la desdicha de su estado y la miseria mayor á que se acerca. Así duerme sobre su mismo sepulcro, y reposa tranquilo hasta que éste abriéndose con tu mando lo devora y entierra en su triste seno por toda una eternidad. O Dios! un sudor frio cubre todo mi cuerpo. Este era el término que me aguardaba: este era inevitablemente mi destino. La muerte me hubiera asaltado repentinamente en medio del sueño, y sin pensarlo me hubiera yo encontrado en los abismos, si tu infinita bondad

sin comparacion mas sensible á mis males que á sus agravios, no hubiera usado de piedad conmigo alejándome de la última desgracia. Yo te traté como á enemigo, y tú fuiste mi libertador: tú desataste los vínculos de mi muerte: tú me separaste de las fauces del abismo y de la noche eterna. Pero en que modo tan digno de admiracion! Solamente un Dios puede perdonar y favorecer en tales tèrminos. Sin una palabra de resentimiento, sin reprocharme una falta, como si en lo anterior de mi vida yo hubiera dado repetidas pruebas de fidelidad y de amor . . . . me acoges y me aseguras la paz: disimulas la enormidad de las injurias recibidas: ofendido y ultrajado tomas sobre tí mismo toda la pena de mi

maldad .... Y quanto no te cuesta el perdon! Ay! me parece que todavia te miro presente, adolorido Jesus, como te ví en un tiempo hecho víctima de mis culpas en el monte santo, todo empapado en sangre, moribundo, espirante .... Te contemplo consumido del dolor y del tormento: despido una ojeada compasiva hácia la cruz, observo los clavos, la lanza cruel ... Ay! el corazon palpita en mi seno ... el dolor me oprime .... gratitud .... amor .... ya no hay en mi mas aliento.

---

# SEGUNDA NOCHE.

## *LA FE.*

La noche obscura, el mundo oculto baxo el negro velo de las tinieblas.... triste imágen de los pueblos, que extraviados de los caminos de Dios yácen sepultados en las sombras de la muerte. Que hacen las gentes? En que se ocupan las naciones? ¿Aun no resuelven volver al verdadero Dios, al Dios de Israël que han abandonado? Aun no determinan renunciar á las falsas divinidades, abrir los ojos á la verdad, y abrazar la fé del Evangelio? Desdichadas!

¿Que apariencia vana y traydora las seduce? La funesta libertad de contentar los deseos corrompidos del corazon las lisonjea; pero por fin su misma experiencia llegará á desengañarlas. ¿Que frutos han recogido de estas plantas infaustas? ¿Que especie de bien encuentran en su propia ceguedad? El sol se pone para comenzar un nuevo giro, renacen los dias, y los años se renuevan. Solamente para el hombre, despues de haber cerrado sus ojos à una breve vida, comienza la eterna noche. Nuestra misma vida es una muerte contínua; cada momento nos aproxîma al sepulcro, nuestras horas mas alegres nos conducen con igual celeridad al mismo término, y todos sin excepcion, el rico, el méndigo, el súbdito, el reynante despues de una bre-

ve escena, depuesto el trage que nos distinguía en este teatro de vanidad, vamos juntos á confundirnos en el seno de la comun madre de quien hemos salido. Como frágiles navecillas flotamos por un poco sobre el mar inmenso del tiempo que absuerve en sì mismo todas las cosas, y finalmente caemos sumergidos en sus voraces remolinos, sus olas nos cubren por entero, y de nosotros no queda vestigio alguno. No es pequeña miseria encontrarnos en la tierra como tantos reos destinados al suplicio sin esperanza de salir de esta cárcel hasta el dia en que se execute la fatal sentencia; y entre tanto nos vemos reducidos á la dura necesidad de sostener un peso inmenso de trabajos que abundan en nues-

tras prisiones. Una gran parte de la especie humana está oprimida de los horrores de la mendicidad, molesto expectáculo para el rico avariento que la niega la escasez de un pan capaz de contener dentro de sus lánguidos miembros á una alma fugitiva. Las enfermedades contínuamente nos acometen como ministros de la muerte, y destruyen á innumerables personas ántes del tiempo, sepultándolas dentro de sus propias casas, totalmente separándolas del consórcio de los vivientes, y entregándolas á la sola amarga compañia de la tristeza y del dolor. El infeliz gime baxo la tirania del potentado inhumano; el inocente es víctima de las pasiones del impío; la epidémia pasea triunfante por el mundo llenándolo de horror y de cadáveres. Arde el

fuego de la guerra y consume provincias enteras, inunda de sangre las ciudades y campiñas, convierte los reynos en soledades. El que no llora por sus males es preciso que vierta raudales caudólosos de lágrimas sobre la desdicha de sus semejantes; quien no se halla perseguido de la desgracia jamas está exênto del temor; el que está libre de enemigos exteriores se atormenta â sí mismo con sus propias pasiones. La tierra está toda cubierta de mìseros. Los hombres no son sino víctimas de la suerte, todos somos desventurados. El mal habita en la tierra, y no se halla su remedio. Si el hombre no fuera mas que un animal, seria el mas desgraciado entre todos. Los brutos que le sirven, los jumentos que le

obedecen, gozarian de una felicidad superior á la suya. Sus atributos mas nobles, su razon misma de nada le servirian sino para hacerle sentir con mayor pena la gravedad de sus propios males. Si no pudiera alcanzar otra felicidad distinta de la que gozan las bestias, le serian un peso excesivamente molesto estas perfecciones de su ánimo; mejor le convendrian la estupidez y la ignorancia; ellas le evitarian infinitas molestias y afanes. Pero la razon está íntimamente unida á nuestro propio sér; nosotros podemos fingirnos sordos, mas no sacudirla enteramente y del todo despojarnos de ella; la infelicidad es inevitable para nosotros mientras no usemos de la razon misma para buscar el remedio. Este exîste, y los mor-

tales le conocen. No es tan tirano el Cielo con las nobles criaturas que colocó sobre la tierra á fin de que dominasen en ella. La razon por sí sola es muy débil para conducirnos á esta empresa; pero se la ha dado en su socorro otra guia, y esta es la fé.

O luz augusta! ¡O fè admirable, sin la qual mi razon es obscura, y mi alma incapaz de salir de sus tinieblas! Con tu esplendor se alegra la tierra, y pierden toda su fuerza las miserias de esta triste habitacion. El hombre adquiere un nuevo carácter magestuoso, y descubre finalmente lo que en vano buscaba, su felicidad, su reposo. La virtud despreciada encuentra en tí su consuelo: los deseos de nuestro corazon nun-

ca satisfechos comienzan á experimentar su alivio: con tu ayuda el justo ve atenta y tranquilamente deshacerse sus miembros, y entra con seguridad en el sepulcro. Tú nos abres los Cielos, y estos nos preparan una vida nueva é inmortal. Ni el dolor allá se acerca, ni encuentra morada el temor. De aquella region estan separados para siempre el afan y la muerte, y en ella encontrámos el complemento de nuestros votos y suspiros. El primer hombre hubiera sido feliz si se hubiera conservado fiel á tus insinuaciones. Tú le diste un aviso favorable á fin que gustando del fruto vedado no cayese en los lazos de la muerte: èl en vez de darte oidos los dió al enemigo que le prometió la sabiduria, desobede-

ció á su Señor, y atraxo sobre sí mismo y sobre todos sus posteros el torrente de males que inundan la faz de la tierra. Así una transgresion de tus dichos fue el primer orígen de nuestras desgracias. La divina clemencia que no queria nuestra perdicion, estubo pronta en restablecer nuestras pérdidas, y te destinò para nuestro remedio. La obediencia de un Dios en la tierra fne el medio para reparar la desobediencia del hombre: todo el género humano debìa implorar y aguardar de este Dios su propia salvacion: á tí fue cometido el cargo de hacerlo reconocer en todos los siglos, y de conducir los hombres á su soberano libertador. Con tu auxîlio le viéron desde lejos y le invocaron el primer delinqüente y nuestros de-

mas antiguos padres. Tú le mostraste á sus escogidos, quando compareció en el mundo revestido de las apariencias mortales: con tu guia las generaciones futuras mirando los tiempos pasados le adorarán humillado entre los hombres elogiando los dias que las han precedido. Tú fuiste en todo tiempo dada por Dios para ser maestra de los hombres, á tí se ha confiado siempre la salvacion de los mismos; y las naciones que abandonaron á esta guia fiel y segura, perdièron el camino de la bienaventuranza, y engañadas anduvieron por sendas obscuras, que las conducian á una desdicha muy funesta. Quando el Criador formó al hombre de la nada, le imprimió en el ánimo sus préceptos; mas para establecer en la criatura una

mayor dependencia de su autor, quiso ademas instruirlo con su palabra, y señalar con su voz las leyes á que sujetaba su obediencia. Entonces era recto el hombre. Dentro de sí mismo veía clara y distintamente la ley del Señor. Su corazon no era mas que un terreno fértil y escogido: Dios habia colocado en èl las semillas mas apreciables de toda virtud: allí no existia principio alguno capaz de producir plantas venenosas, ò raices malignas. Todo era ordenado, y en todo reynaba una perpétua calma. El Cielo siempre sereno despedia de sí mismo una luz muy viva para iluminarle, y derramaba un copioso rocío para fecundarlo. El hombre falta en la obediencia á la voz divina, y en un instante se

apodera el pecado de sus facultades interiores, introduciendo la confusion y el desórden. Se levantan por todas partes nubes obscuras y ocupan su mente. Ya no aparece mas que una luz muerta; por todas sus potencias descubren su fuerza impetuosa los vientos de pasiones tumultuosas, las virtudes se debilitan baxo el influxo maligno del pecado, y la concupiscencia depravada corre á sufocarlas con celeridad; todo ha adquirido un nuevo aspecto. Tambien la muerte entra presurosa á tomar dominio de su cuerpo; las criaturas antes sujetas al hombre, no queriendo ya reconocer en èl á su Señor, sacuden el yugo de su obediencia, y todas se unen para atormentar al rebelde. De aquí nacen las enfermedades, las desgracias,

y todos los innumerables castigos de la humana descendencia. El mayor de nuestros males era la culpa, que en la presencia de Dios nos hacía hijos de ira, muertos á su gracia, excluidos de la felicidad á la qual nos daba derecho la inocencia. Este es aquel mismo mal, al que un Dios baxado desde las alturas de su eterno sólio vino á aplicar con la fé el remedio de su mediacion; pero á fin de hacernos mas dóciles y obedientes á su divina voz y á su fè ultrajada, dexó expuestos á nuestro perpetuo recuerdo los otros males que la primera desobediencia nos habia ocasionado: estos males ahora presentes son un monumento constante de los daños inmensos que con la desobediencia á la fè se atrae el

hombre incesantemente. Ellos nos dan un aviso para no incurrir en la eterna muerte con la incredulidad y obstinacion á los divinos oráculos. Todo el universo depende de un solo Arbitro soberano que gobierna y mueve todas las cosas: el hombre sujeto tambien al mismo motor no menos que el resto de las criaturas, goza de una libertad capaz de obtener mérito á su obediencia; mas no puede obedecer, si no se le manifiesta la voluntad de su autor. En él resplandece la luz divina de la razon; pero el hombre lleno de orgullo fácilmente la atribuye al carácter de su propia grandeza, y á medida de los varios deseos que lo arrastran á una diversidad infinita de objetos, se apropia la autoridad de

alterar los dictàmenes. La fé es una luz, que á pesar de muchos esfuerzos no puede menos el hombre de juzgarla descendiente de un origen divino: así ésta con mas seguridad lo mantiene en la justa dependencia de su criador, à cuyo seno siempre lo conduce. La voz de la razon que se oye dentro de nosotros mismos, queda repetidas veces confundida con las voces de la pasion que levantan su infausto grito. La fé acude al socorro de nuestra razon, y mientras nos habla, produce el testimonio de sus palabras que no podemos desmentir; nos muestra el depósito de la revelacion cerrado con el sello de la divinidad. Sin la fé todo es misterio para el hombre, sin ella no hay para él felicidad, el hombre sin ella no se conoce á

sí mismo y se degrada de su sér. Nosotros en la tierra no somos lo que hemos de ser en la eternidad; nuestro espíritu se halla en este cuerpo como el niño en el vientre de su madre; aun no ha visto hasta ahora la luz; nacerémos á la vida quando muramos, ya que nuestra cuna es el sepulcro. Para saber lo que somos conviene mirarnos en órden á la eternidad. Dios comienza á formarnos en la tierra, pero en el Cielo nos perfecciona; para conocernos es preciso saber los designios de Dios sobre nosotros. La razon descubre en nuestras mentes un noble bosquejo, pero no llega á penetrar la perfeccion de la obra. La fé nos muestra el término de tantos principios en apariencia imperfectos. Nos hallamos poseidos de nobles incli-

naciones y deseos, que jamas seràn saciados en la tierra, no siendo esta nuestra morada. Dios nos ha dado estos deseos para que los llevemos al Cielo. De aquí salimos todos hambrientos; allá se encuentra lo que puede satisfacernos, y esta hambre que entretenida con la esperanza formaba nuestra miseria, saciada constituirá en algun tiempo nuestrocontento. Entónces vivirèmos con verdad. Aquella es la region en que debe habitar el hombre, aquella es la pàtria del género humano; quien no la conoce ignora lo que es el hombre. La fé nos descubre aquellas mansiones invisibles; ella sola que de allí nace, y que ve el sèr del hombre en aquellos esplendores indeficientes, sabe darnos la justa idea de nosotros mismos

mientras se nos oculta este ùtil conocimiento. El hombre desea exîstir. Cesar de ser y caer en el caos de la nada..... Que abismo tan espantoso! La naturaleza se horroriza, el alma confundida se retira de un tal pensamiento. Solamente una ciega desesperacion originada del vicio perseguido y atormentado de los propios remordimientos, puede á las veces precipitarse con el deseo en un asílo tan triste. Pero la voz del vicio no es la voz del hombre. El inocente siempre anhela sobrevivir al sepulcro, y si el impío suspira que en él todo tenga fin con la vida del cuerpo, su conciencia contaminada le impele al desarreglo de tales afectos, haciéndole ver desde lèjos su castigo; pero el inocente aguarda su pre-

mio de un juez eterno que nos ha dado la inmortalidad. El deseo del inocente es el deseo del hombre. La fé enxuga las lágrimas de la virtud despreciada en la tierra; ella asegura y apoya à las esperanzas del justo la certidumbre de otra vida sin tèrmino; ella sola satisface al hombre dándole el conocimiento de sí mismo. ¿Pero qué utilidad produce al impío el sepultarse en las tinieblas obscuras de su pecado? ¿Dexará por eso de ser infeliz despues que se hayan mezclado sus cenizas con el polvo de la tierra? El no puede disimularse que los dias mas abundantes de prosperidad tienen la muerte por confin; y si no aspira á otros bienes sino á aquellos que le ofrece la vida presente, ¿como podrá libertarse de

la desesperacion viendo á cada instante acercarse el enemigo, que viene para arrebatarle de su mano la única felicidad que él conoce? El hombre desea la sabiduria, y no encuentra en la tierra sino la ignorancia y el error. Su orgullo puede abusar de este noble instinto, mas la curiosidad que es propia nuestra, no es otra cosa sino la voz de la sabiduria, y de la verdad que nos llàman á su centro. Nuestro espìritu que ha sido hecho para ellas, persuadido de su propia excelencia y de su vasta capacidad, corre ansioso tras de estas llamadas, vuela con rapidez desde una hasta la otra parte del universo, explora todas las cosas para conseguir útiles descubrimientos, y por todo encuentra estorbos que

impiden la propagacion de sus ideas: la verdad y la sabiduria se le ocultan, porque su mansion en este cuerpo mortal le reduce á una contínua noche, no siendo este el lugar de su morada. Toda la humana sabiduria, mientras somos habitantes de la tierra, se reduce únicamente á saber el camino que puede conducirnos al logro de la misma; y la fé es la única que nos lo enseña. Por fin llegaremos á poseer el objeto suspirado; mas no lo hallaremos sino despues de la muerte. Esta tierra no es mas que una choza que sirve de posada al hombre en su viage. La mole desmesurada del Cielo, y quanto aquí descubrimos en lejania, no es sino el umbral de las dininas grandezas: por allí se entra en

el reyno inmenso del Altísimo, adonde nos encaminamos. El que habita en el mundo, goza de ocupar su curiosidad en registrar la inmensa variedad de objetos que se admiran en este globo; reynos, ciudades, provincias, tierras y mares son nombres grandes y magnìficos à nuestra presente pequeñez, son espacios muy vastos para un espíritu obligado á arrastrar consigo el peso de este cuerpo, en cuyo consorcio ha de distinguir el carácter y belleza de los objetos. Quando se desaten los vínculos que le tienen unido á la tierra, esta misma tierra no será entonces sino un punto para nosotros. Volaremos rápidamente con la velocidad que es propia del pensamiento, y con prontitud proporcionada á la ra-

pidez de nuestros pasos se nos descubrirà la extension de la pátria donde seremos perpétuos ciudadanos. Caminaremos por las vias dilatadas de la creacion, por las provincias inmensas de un Dios infinito ; y despues de tanta velocidad restará á nuestros viages un largo campo. Pero en el mismo Dios manifestado á nosotros admiraramos un mar sin término, en el qual engolfados para girar por una eternidad entera con gozo incesante y con maravilla siempre renaciente, nos veremos en cada instante al principio de nuestra carrera. Se nos abrirán los tesoros infinitos de la divina sabiduria, bebiendo continuamente las aguas que sacien nuestra sed, seremos satisfechos y felices. Pero entre todas nuestras inclinaciones la de amar es

la mas dulce y la mas fuerte. La felicidad es el primer objeto de nuestros deseos y el centro de nuestros votos. Ella nos atrae con una fuerza insuperable y oculta; el hombre no encontrándola en sí mismo la busca por otra parte. Quando se presenta un objeto que en apariencia la encierra, corre tras de él, y se le asocia con un vìnculo de amor. Solo el sumo bien puede hacernos dichosos: pero este queda oculto para nosotros. Escogemos á los sentidos por guia, dirigimos el afecto á las bellezas visibles, idolatramos cosas frágiles y caducas como nosotros, en suma amamos á las criaturas. Este objeto tan amado por fin comprehendemos ser indigno de nuestro amor, y desvanecido el atractivo que habia enlazado

con él nuestros afectos, no recogemos de nuestra eleccion otro fruto que la amargura: ó permanece el engaño siéndonos gustosa nuestra cadena, y entonces nos atormenta primeramente el temor, despues la pena de verla tarde ó presto quebrada. Así son infelices todos nuestros amores. La fé nos revela el objeto que merece nuestros afectos, y que amado por nosotros podrà formar nuestra perfecta felicidad. El bien cuya sombra adoramos aquí con los necios amores, allí es todo verdadero, infinito y real. La nobleza se aprecia con exceso? Dios es Rey supremo de la tierra y del Cielo: él á nadie está sujeto, y todas las criaturas le obedecen. Su poder se extiende á todas las cosas, y con un solo acto de su voluntad están

prontas á salir del mismo seno de la nada nuevas tierras, nuevos cielos, y nuevos mundos. Sus riquezas son iguales á su poder infinito, y promete al que lo ama no solamente hacerle participante de su gran reyno, sino tambien de su misma naturaleza, de su ternura y amor. Siendo él la hermosura infinita y el árbitro de los tiempos, no teme los daños de los siglos. Nuestros ojos como de carne, no pueden con sus miradas llegar à descubrir las bellezas invisibles; pero aquí es puntualmente donde nace nuestro amor; un objeto tan digno merece todos nuestros afectos aun antes de ser visto. Aquí habla la fè, y que cosas tan sublimes dice sobre la belleza de nuestro Dios! Habitadores groseros de la tierra entendemos

muy poco su lenguage celestial; pero ella escoge á nuestros sentidos y á nosotros mismos por garantes de sus palabras. Aquel que ella nos propone por objeto de un casto amor, aquel á quien nos quiere unir en el Cielo con eternos desposorios, es el autor de las cosas que admiramos. Las flores que adornan las faldas de los montes, y que unidas á la verdura de los campos forman una maravillosa perspectiva á nuestra vista, los árboles que cubren las llanuras y visten las cumbres mas elevadas, los páxaros que con su dulce canto ocupan la atencion del pasagero y recrean al solitario del desierto, son todas obras admirables de su excelso poder. La extension y aspecto delicioso de las campiñas, los arroyos que por ellas circu-

lan, los rios caudalosos que las dividen, los lagos y mares son efectos de su mano béneficas. Quanto vemos de magnífico en el universo, quanto la tierra y el firmamento nos presentan, aquel mismo carácter de magestad y hermosura que á las veces resplandece en los hijos de los hombres, son todos rayos de su oculta belleza Aquellas mismas cosas que no estàn sujetas á la vista de un ojo mortal, y que sin embargo atraen infaliblemente nuestros amores, como el candor, la inocencia de una alma aun no dominada de la corrupcion, son una imágen suya muy semejante, aunque no viva y perfecta. ¡O Dios mio! ¡Quien puede mirar la tierra, ver el cielo, y no amarte! Todas las criaturas que exîsten,

son otras tantas lenguas que nos convidan á tu amor. Nuestra sola malicia nos hace sordos á sus voces inocentes; un corazon puro y casto las oye, corre à refugiarse en el seno de la fé, y se enciende en amor. Tu amor es dulce y agradable; tu solo amor convierte en una region de delicias esta selva llena de espinas. El amor terreno es una llama impura y fatal. Sus compañeros inseparables son el temor, el afan, la sospecha, el zelo, y muy freqüentemente el òdio y el delito. Tù amor es una luz pura y viva, á quien siempre acompañan la alegria, la paz, la seguridad, el gozo, la inocencia, las virtudes. ¡O divino amante! Yo aborrezco todo amor fuera del tuyo; aun aquí en la tierra tú eres mi fe-

licidad. Amantes desdichados de los bienes terrenos, os compadezco. Conozco vuestras penas y vuestros afanes. Mudad objeto, cambiad amante, amad á un Dios, y entonces tendrán tèrmino vuestros disgustos. Yo amo á mi Dios, él no duda de mi fé, él mira en mi seno el amor. El es fiel, sabe que le amo; en él confio, y reposo tranquila en su dulce amor. Con tal que yo le ame, no temo que me separe de su amistad y me abandone. ¡O amante divino! No te veo, pero te amo, te adoro, mi espíritu te conoce, mi corazon te siente, mi alma oye tu voz amable, te hablo, pero aun sin moverse mis labios tu oyes las protestaciones interiores de mi amor. Jamas profiero en vano tu nombre ado-

rable, tú aceptas con piedad todos mis suspiros. Tú me asistes siempre para defenderme; el sol en su caida me dexa contigo, y en su origen me encuentra gozando de tu compañia. Conmigo estas quando baxo á la fuente, y quando rodeo estos paramos desiertos buscando el alimento que me sostiene. Tú me ves, me asistes y guardas con solicitud en el silencio mas profundo de la noche. Las fieras, los hombres, el infierno, la tierra y el cielo te obedecen y en todo dependen de tus òrdenes: ò en vigilia ò en sueño nada temo, ¿quien puede dañarme? Tu poder me protege, tu diestra me defiende; y si alguno descarga contra este cuerpo los golpes de su ira, es un efecto de tus disposiciones y de tu

amor. ¿Exiges de mi voluntad una nueva prueba de amor para darme otras demostraciones mas tiernas del tuyo. Aunque pidas mi sangre, la verteré con gusto: ella corre por estas venas solamente para tu gloria. Derramaste la tuya por mí, y en recompensa es muy justo que yo te ofrezca la mia.... Ay! una sangre tan vil no merece el honor de ser derramada por tí. Me conozco y me avergüenzo.... Dulce amor mio, soy una víctima inmunda en tu presencia; pero te amo. Ya que me has admitido á la suerte feliz de amarte, dame un corazon capaz, ó á lo menos no indigno de tu amor. Nosotros llamamos á esta tierra la mansion de los dolores. Por lo que á mí toca, desde que comencé á amarte,

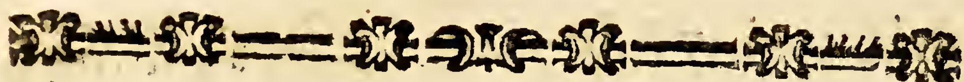
ó buen Dios, no he conocido otra pena sino el temor de ofenderte. No solamente en el esplendor de tu gloria viertes contentos sobre quien te ama; aun en esta region de llanto nos haces gustar de tus dulzuras. Si tu amor exîste en mi pecho, ¿quien puede turbar mi paz? ¿Quien puede hacerme infeliz? La pobreza me es gustosa, tù eres mi tesoro; si me acometen el hambre, las enfermedades y quanto puede aflixir à este cuerpo, nada siento, ó si siento, hallo en tí mi remedio y mi consuelo. Tù me sostienes y amparas con benignidad, la pena es dulce en tan amable compañia. ¿Que poder tiene contra mì la persecucion, el destierro, la infamia? ¿Que me importa ser despreciada de los hombres, y verme se-

parada del consorcio de los vivientes, si conmigo queda el Dios que me acoge con piedad y acepta mi amor? Caminaré intrèpida en medio de los ultrajes, serena en medio de las injurias, alegre en medio de los tormentos. Tengo á mi Dios en el corazon, en el seno à mi consuelo, en el Cielo mi asílo. ¿Y tú, ó muerte, en tal caso seràs terrible para mi? ¿Quieres desatar los vínculos de esta carne mortal, y alejarme de la tierra? Tengo á Dios conmigo, partiré juntamente con él. Ven, acércate, revistete de un semblante severo, ceñudo y espantoso; Dios es mi apoyo, no me verás amedrentada con tu aspecto. Excita contra mì á los tigres y á los leopardos, enciende las hogueras; despedazados mis

miembros y reducidos á ceniza; de las fauces ensangrentadas, y de las llamas voraces saldrá libre mi espìritu en compañia de su Dios. Abre baxo de mis pies los precipicios mas profundos, sumérgeme en el fondo del océano, descarga sobre mí los fuegos impetuosos y destructores de las nubes, será mi cuerpo víctima de los rayos, pero en la misma situacion me hallaré viva con mi Dios, en las profundidades del mar y en los abismos de la tierra estará Dios conmigo y yo con él. Entonces veré á mi amado, entonces mi gozo será completo. Yo deberia solamente temerle si no le amase. Para mí no hay pérdida si me resta Dios, para mi no hay dolor si gusto à Dios, para mi no hay temor si Dios me es pro-

picio; si yo le amo no hay muerte para mí; èl es la eterna vida: en èl viviré eternamente. Si no concibo al verdadero Dios en el mundo, no encuentro por todo otra cosa que desdichas. ¿Exîste Dios en el mundo? Ya no hay otra miseria fuera del vicio y de la que este produce. Este es el mundo en que resplandecen la verdad y la fé; el otro es el mundo cubierto de las tinieblas obscuras de la ignorancia, de la incredulidad y del error.

---



# NOCHE TERCERA.



## *EL HOMBRE.*

¡Que sueños tan dulces acompañaron mi reposo! Aun quando están embargados los sentidos vela nuestro espíritu, y la imaginacion paseando libremente, nos conduce léjos de nosotros mismos. Me parecia estar en Jerusalen viendo al eterno Verbo revestido de las semejanzas del hombre. ¡Que gozo tan puro redundaba en todas las facultades de mi alma! Oia las palabras divinas, su sublime sabiduria me elevaba hasta el cielo; sus prodigios admìrables, sus

virtudes sobrehumanas me arrebataban el corazon y lo transformaban todo en èl: mis voces no trataban sino de Dios: ¡que extraña felicidad! Por fin despierto, la ilusion desaparece, y yo me veo conducida de nuevo á mi propia miseria. Ay! pasaron aquellos dias venturosos, en los quales se me concedió mirar aquí en la tierra el rostro del mismo que hace bienaventurados á los habitantes del Cielo. Su alta empresa está cumplida: él partió de esta region de desprecios y de penas: el Cielo ya le posee en todo el esplendor de su magestad. Solamente los espíritus angèlicos y los que depusieron estos despojos mortales, son admitidos á mirarle en su gloria, y sin velo alguno. Ay! esta

suerte dichosa no es para mí
mientras dura este destierro! ¡In-
consolable pena! Yo vivo, pe-
ro mi vida es una muerte con-
tínua. Mi alma está en el Cie-
lo, morada de su esposo Divi-
no, mi solo cuerpo queda en
la tierra y me mantiene en la
cruel separacion que me impide
unirme toda con Dios. ¿Quien
rompe las cadenas de mis pri-
siones? ¿Quien pone á este es-
píritu en libertad para que vue-
le con prontitud á la presencia
de su amado? ¿Porque se me
ha ocultado este despues que par-
tió de la tierra? No, yo no pue-
do vivir separada de tan amable
compañia. Cielo, acoge á mi
alma en tu seno, ó restitùyela
su Señor. ¡Que ser tan noble
es el hombre! Su corazon, sus
deseos aspiran á un Dios: este

solo puede satisfacer de lleno sus miras. El mismo estado de humildad y de baxeza que le acompaña en su mortal carrera, no es suficiente para ocultar su grandeza y dignidad. Muchos rayos se divisan de su gloria escondida, y el que atentamente lo mira, es preciso distinga en él una imàgen de la divinidad, un hijo del Altísimo cubierto del polvo de su orígen. Dios que le crió para hacerle participante de su gloria, no quiso colocarle en el grado destinado á su mérito sin que él mismo concurriese á formarse digno; pero le puso por breve tiempo en una parte pequeña de su inmenso reyno, á fin que practique la fidelidad y obediencia á su Criador. Esta region no es para el hombre sino un lugar de prueba,

de tentacion y de miséria. Y sin embargo, ¡ que caracter de magestad y grandeza conserva en esta triste habitacion! Reyna en el lugar de su destierro, y extiende su imperio sobre todas las cosas. A él están sujetos los ganados de los campos, las fieras de los bosques, los páxaros que giran por los ayres, los peces que pueblan la profundidad de las aguas. Son un tributo que le paga la tierra, los muchos y diversos frutos que ella produce. Para su obsequio se viste la misma con tanta variedad y hermosura, para su regalo se adorna con la multiplicidad de flores y yerbas que produce, para su provecho encierra en su seno una infinidad de tesoros, y el mar sus preciosas piedras y abundantes riquezas. El hombre existe

en la tierra como desterrado, y no obstante la naturaleza le provee generosamente en sus necesidades, le honra y sirve con prontitud, le abastece de granos, le proporciona ganados para que le ayuden en la labranza de las campiñas, le obedezcan y soporten por él la mayor parte del peso de sus molestias y fatigas; ni solamente suple con solicitud á sus urgencias, sino tambien se ocupa en procurarle toda suerte de delicias. Entre todos los habitantes de la tierra solo el hombre es capaz de divisar las distintas bellezas del universo que han sido hechas para su uso. El solo puede admirar la infinita variedad de árboles y yerbas que para su deleyte le ofrece la naturaleza con tanta delicadez y artificio.

En él solamente puede infundir una justa idea la multitud de flores, que con tanta riqueza hermosean el terreno para su gusto y recreo, y presentan al olfato tantas y tan agradables fragancias. Para su entretenimiento y satisfaccion hacen resonar en el ayre el eco de sus cantos apacibles el ruiseñor y sus compañeros inocentes, comunicando su alegria en las tierras mas solitarias y remotas. Al presente no se halla el hombre sino en un estado de humillacion, y con todo las criaturas se le sujetan. Los elementos le sirven, se rinden á su industria los terrenos mas esteriles, baxo el imperio de su brazo se hacen fructìferos los zarzales mas infecundos, y cambian en frutos dulces y delicados sus produc-

ciones ásperas y acerbas. El fuego pronto para sus usos ya perfecciona y reduce á sazon los alimentos crudos é inmaturos, ya obediente á sus órdenes deshace la dureza de los metales, y los liquída como la cera para que reciban las nuevas formas designadas por su arbitrio. A tenor de sus leyes el ayre y el agua convierten en polvo los granos mas consistentes, dan movimiento á máquinas de diverso artificio, y á él mismo lo conducen por espacios inmensos á las tierras mas remotas. En suma como á hijo del Rey supremo, aun en el mismo domicilio de su baxeza le reconocen por su Señor las criaturas que le rodean. ¡O, gran Dios, que cosa tan augusta es el hombre! Su nobleza se eleva sobre la mayor parte de

tus criaturas. Tú le colocaste en la tierra á fin te obedeciese; pero tus mandatos se dirigen solamente al designio de acostumbrarle á reynar. Feliz, si fiel á tu voluntad reyna sobre sus propios afectos, y conservàndose puro en un lugar de corrupcion no degenera de su origen sublime, ni prostituye la gloria y dignidad de su suerte. ¡O hombre! Echa una ojeada atenta al rededor de tí mismo, y mira el grado que ocupas en la tierra; antes bien levanta mas tu vista, y contempla el puesto destinado en el Cielo para tí, aprende á conocer tu grandeza, y concibe pensamientos dignos de tu sér. Estàs en la tierra, mas no eres terreno. Tú pátria es el Cielo, tu origen divino, tu verdadera vida la eternidad.

Estás en la tierra; mas solamente para despreciarla, reynar y padecer. Los brutos que la habitan, son tus siervos, y no tus hermanos. No tienes aquí parentela, pues eres totalmente extrangero. Considera como todos los ciudadanos de la tierra caminan con sus cabezas inclinadas hàcia ella. Tù llevas levantado al Cielo el rostro, extiendes la vista y las ideas á los inmensos espacios celestiales, paseas con la imaginacion por regiones superiores, mides la grandeza y movimientos de los planetas. Finalmente como ciudadano de la corte celestial, aunque habites en una morada terrena, siempre hallas libre la entrada en tu pátria, siempre eres admitido á introducirte con el ánimo en presencia de tu Señor: así puedes

tratar con él, contemplar su magestad, ofrecerle el homenage de tus súplicas y afectos. Allá te conducen las mismas criaturas que ves privadas de conocimiento y sentido. Ellas ignoran su belleza y bondad sin dar gloria á su autor. Solo tu émulo de los espíritus celestes, puedes recoger estos rayos de la divina bondad y hermosura que se encuentran esparcidos en todo lo criado, y llevarlos de nuevo al origen de donde nacen. Ellos por todas partes reverberan en nuestros ánimos para iluminarlos é infundirles santos afectos. Si Dios no nos permite mirarle cara á cara mientras estamos revestidos de esta carne mortal, por lo menos quiere que de algun modo le conozcamos en las producciones de su omnipotencia, sabíduria y de-

mas soberanos atributos que resplandecen en sus obras. El hombre admitido al conocimiento de Dios, á comunicar con él, producir sus elogios y amarle, es un ser participante de la divina naturaleza. La tierra no es su esfera, la divinidad es su centro: sobre su espíritu no exerce algun dominio la muerte teniendo él por dote la inmortalidad; y si mientras fuere mortal se mantuviere unido á su Dios, el gozo, la gloria, la bienaventuranza, Dios mismo será su eterna recompensa. Entre el Criador y las criaturas hay una distancia infinita; y sin embargo Dios ha querido disminuirla en cierto modo respectivamente al hombre. Sin mudar la naturaleza y esencia de estos dos seres la gracia encontró el modo

de unir estos dos extremos, Criador y criatura, infinito y finito. El hombre no podia acercarse al ser Divino. El Verbo del Padre descendiò hasta el sér del hombre, tomó su semejanza, uniò á su persona inefable nuestra naturaleza.. Este Hijo eterno engendrado antes de los siglos en en su seno, de su propia substancia, y humanado en el vientre de una virgen pura, haciéndose nuestro hermano nos traxo la adopcion de hijos del Altísimo, y nos regeneró con la gracia del Espíritu Santo á un nacimiento nuevo, todo divino. Con este exceso de la divina bondad somos hermanos è hijos del Excelso. La humillacion de Dios es un misterio. Para comprehenderla convendria conocer perfectamente su grandeza: para formar una idea

del grado á que fuimos elevados, seria igualmente preciso conocer quien es Dios. ¡Dios y el hombre! ¡El hombre y Dios! Nuestrra naturaleza unida al Sér supremo con eterno desposorio.... ¡Que radiante esplendor! Mi vista se pierde, mi pensamiento se confunde..... Un ojo mortal jamas vió, ni percibió el oido, ni entró nunca en el corazon del hombre una idea capaz de medir el peso inmenso de la gloria, y recompensas que en el Cielo ha preparado Dios para quien le ama. ¡Que ampliada será nuestra pequeñez, que extendida nuestra capacidad, á que términos tan dilatados serán conducidas nuestras facultades limitadas, con que tesoros tan abundantes serémos enriquecidos! Ahora somos una nada en com-

paracion de lo que seremos. El tiempo no es sino un rayo de la divina grandeza: solamente en la eternidad descubre el Omnipotente él esplendor de su inmensa luz. Todo lo criado es un átomo en presencia del Criador. Quando lleguemos à la eternidad, quando entremos en ese templo vasto de la gloria, veremos desaparecer los siglos como un humo y confundirse con la misma nada la gran mole del universo. En vano buscarémos muchas de las criaturas porque no comparecerán. Eran grandes comparadas con nuestra pequeñez; mas en órden á Dios son lo mismo que la nada. Entonces con otra vista muy distinta de la presente seremos capaces de mirar la verdadera grandeza, entonces podrémos ver á aquel que es grande.

en sí mismo, inmenso, infinito ó interminable. Creo que Dios para sorprehendernos comenzò a elevar nuestro sér desde tan baxos principios. Para excitar en nuestros ànimos una mayor admiracion antes de introducirnos en las regiones de lo infinito, nos hace caminar por algun tiempo en el lugar de la vanidad. Para imprimir un alto estupor en nuestras potencias antes de descubrirnos el inmenso piélago de sus grandezas, quiere tenernos por algun tiempo ocupados en gustar de una sola gota. Pero que digo? ¿Acaso la luz inefable de la divinidad será mas apta para formar impresion en quien sale de las tinieblas? ¿Por ventura las divinas grandezas serán mas nuevas, parecerán superiores en el primer momento, ò darán la misma

dicha aun despues de muchos siglos? Sí, y el que tuviere la suerte de ser agregado al nùmero de los escogidos, jamas verá disminuida la porcion eterna de su herencia. Tendràn fin las estrellas, el tiempo llegará á su tèrmino, caerá en el caos de su destruccion la rueda de los acontecimientos, y el habitante de la patria celestial se hallará todavia en el principio de sus gozos. ¿Y los réprobos? Ay! verán tambien entonces el primer instante de su miseria. En efecto, Dios sacó al hombre de la nada para nunca mas dexarle caer en el abismo donde recibió la existencia. Desde entónces fue destinado irrevocablemente para la eternidad: es preciso que el hombre entre en ella para no salir mas. No se le de-

za otro arbitrio sino de elegir la eternidad feliz ó desventurada: Dios le aguarda para unírselo en amistad indisoluble : si salió de la tierra siendo indigno del premio, su desdicha es interminable. El tiempo varía: todo lo que en este se encuentra está sujeto á contínuos acontecimientos. La eternidad es inmoble, y quanto en esta se halla, participa de su permanencia: por eso el hombre siendo en la tierra un sér inconstante, puede llevar su pensamiento de la bondad al delito. Mas despues de haber entrado en la eternidad, su mérito y malicia comienzan á ser tambien eternas. Si entonces está unido á su Dios será feliz su eterno vínculo; mas si la culpa le separa de él mismo, carecerá de remedio su desven-

tura. Caerán los terribles golpes de la divina justicia sobre el impío, no pudiendo ya ser destruidos ni èl ni sus propios errores. Siendo eterna su culpa tendrá á Dios por perpetuo enemigo: la venganza, la guerra, los golpes de la eterna ira, la desdicha del réprobo, sus angustias y tormentos no tendrán fin. O hombre, ò ser magnífico y admirable, tù no eres Dios por naturaleza, y sin embargo has sido destinado á participar de la Divinidad. Sin ser infinito has de ser unido alguna vez á una existencia infinita. Solo Dios es eterno, y no obstante tú recibirás de su mano la eternidad, le verás en sì mismo, le gozarás ó sufrirás por siempre la enemistad que hay entre su grandeza y el delito, quedando abru-

mado baxo el peso de su justicia. ¡ O hombre ! ¡ O ser grande y digno de todo encómio, siendo tú infeliz ó dichoso, participa de lo infinito no menos tu bienaventuranza que tu miseria. O virtud! O culpa! Así el hombre percibe el fruto feliz ò infausto de vuestro arbitrio? O virtud! O inocencia! Semilla preciosa, origen divino de una eterna felicidad, que temes? De que te espantas! Porque te acongojas, si en este siglo perecedero te ves despreciada, burlada y abatida? Levanta à lo alto tu vista, mira los siglos eternos, contempla la region de la eternidad, allá está tu reposo, allà están tu paz y tus premios. Para tí es muy pequeño quanto hay en la tierra. Una eternidad

llena de gloria y de contentos; el Cielo, un Dios son la recompensa que se te ha preparado. Y tù, ó vicio, fatal veneno para los mortales; tù penetras é inficionas la parte mas noble del hombre, extendiendo mas allá de la vida presente tus malignos efectos. Como el humor de un animal venenoso no ocasiona una pronta desgracia sino que internàndose con lentitud en la sangre la corrompe, la llena de calidades contagiòsas, é introduce la muerte contra toda esperanza, así mientras dura la vida duermes oculto, y apenas te haces sentir en los ánimos que posees para producirles últimamente una ruina sempiterna. ¡O almas eternamente arruinadas por la culpa y separadas de Dios para siempre! Vuestra vida debia ser

eterna, y ahora sois como cadáveres horribles alejados de Dios y sepultados en un eterno abismo de llanto. ¿Quien puede dolerse bastantemente de vuestra desgracia? Un Dios baxado del Cielo, un Dios que sufre y muere para preservar á los hombres de un mal tan espantoso, mirando vuestro estado infeliz suda viva sangre, se desmaya, cae, agoniza. Mas ¿para que me ocupo en el exercicio de una piedad estéril? La desventura del que se halla en la eternidad carece de remedio. ¡Desdichadas! os dexo. Mi llanto no os sirve de auxilio, mis lágrimas os son inútiles. Pero vosotras en un tiempo compañeras de mis desórdenes, vosotras, almas seducidas con el triunfo de mis pecados, y en quienes yo misma

introduxe el veneno de la culpa, ¿morireis tambien con muerte eterna? Os veré algun dia eternamente separadas de Dios por mi causa? ¡Ay, quien pudiera ganaros de nuevo á costa de lágrimas y de sangre para entregaros á vuestro Dios! Mas, aquí no admite alivio mi dolor. Quisiera apartaros de las sendas que os conducen al abismo donde os han guiado mis exemplos. Yo decia repetidas veces que os amaba, y os he perdido acumulando para vosotras un tesoro de ira en la eternidad. ¡O amor funesto! ¡O vìctimas de mi pasion! ¡O Dios clemente! Salva estas almas que yo extravié: ellas son reas por mi delito: yo soy la culpable. Las estimulé con mi exemplo á que te ofendiesen: las seduxe con un amor mas cruel

que todos los odios, y las separé de tu amor. Venga sobre mí el ímpetu de tus iras; descárguense sobre mí replicados golpes de tu brazo mientras tenga aliento de vida; pero resérvate, ó Dios de misericordia, resèrvate estas almas sacrificadas al escándalo de mis relaxaciones. ¡Que imàgenes tan crueles se presentan á mi espíritu, y que amargas reflexiones despedazan mi corazon! Hago memoria de todas las ternuras, afectos, delicias, contentos, protestaciones de amor..... Ay! Todo era veneno, ofensa del Dios de magestad y causa de eterna muerte. Infelices compañeras de mis delitos, víctimas desgraciadas de mi funesto amor, estais todavia en la habitacion de los vivos, ó habeis sido ya sepultadas en

la eterna noche? ¿Aun teneis tiempo de alcanzar misericordia en la presencia de Dios, ó la muerte con un golpe irremediable ha cortado el hilo de vuestros dias, y mientras aquí lloro, soys desventuradas sin esperanza de reposo? O gran Dios! El horror se interna en todas mis facultades, y la vehemencia del afan me reduce casi al postrer aliento. Salva, ó Dios de clemencia, salva, si aun es posible, á aquellas almas que yo extraviè: si mi malicia las sirvió de daño, ahora las sirvan de auxîlio mis súplicas y llantos. Por tu gloria, Dios eterno, por tu augusto nombre, por tus llagas, por tu sangre, por la muerte de tu Hijo Unigénito, por el amor que le obligó á tomar nuestra semejanza, por aquella miseri-

cordia que conduxo al arrepentimiento á esta alma la mas rea entre todos los mortales, salva, ó Dios, á las almas perdidas por el oprobio de mis vicios.

---

# NOCHE QUARTA.

## *EL TIEMPO.*

La noche ha separado de la tierra la gran lumbrera, cubriendo los objetos con el velo de su obscura sombra. Asì convida á los mortales al reposo de sus fatigas. Duermen los hombres quando las horas prosiguen su curso con quietud profunda y taciturna. El tiempo no duerme; este gran torrente que lleva consigo todas las cosas, jamas suspende su carrera, sino antes bien corre tranquilo y sin rumor. Los hombres duermen, y sin embargo adelantan su ca-

mino: quando parece que la naturaleza cansada ha interrumpido sus operaciones, ellos se avanzan hácia su término. Duermen incáutos una gran parte de sus dias, y repetidas veces por el espacio entero de su vida. Se olvidan de estar en viage, cubren su vista para no ver el camino que adelantan, y así se mantienen en un fatal descuido de sus peligros. Ay desdichados! salid de la ilusion infausta que os procurais con vuestra industria para vivir en una funesta seguridad. Caminais aceleradamente á la muerte por este mar tempestuoso del mundo: mirad las tierras que se alejan incesantemente de vuestra vista. La velocidad de vuestros pasos es muy precipitada, en cada momento perdeis de vista un objeto,

y si otro se presenta presto huye para esconderse. Entre tantas y tan diversas combinaciones de un camino desconocido á cada instante podeis encontraros en el vasto pièlago de la eternidad. El hombre no hace caso del tiempo, y este es justamente un tesoro que el Cielo ha puesto en nuestras manos á fin que compremos una eterna felicidad. No tiene precio este tesoro, y la mayor parte de los mortales no lo emplea sino en la vanidad. Así se disipa el patrimonío mas rico, que una vez perdido jamas se vuelve á adquirir. Años de mi juventud y de mis desórdenes, donde estais? ¿Quien os restituye á mi presencia para emplearos en mejores usos? ¿Quien me concede la gracia de poder comenzar de nuevo una carrera

mas feliz de la que hice en vuestra duracion, para borrar la infámia con que os he manchado? Ay! En vano os llamo con mis contínuos clamores persiguiendoos con la velocidad de mi pensamiento. Jamas vuelve atras el tiempo, vosotros culpables como yo, y por mi causa, continuais con igual rapidez en ausentaros de mi presencia. ¿Que otra cosa puedo hacer sino acompañaros vertiendo un raudal caudaloso de lágrimas, y en el acto de presentaros al Rey de los siglos implorar por vosotros misericordia y perdon? La vida es corta, apenas salimos de la infancia quando ya nos hallamos en el sepulcro: este es el cotidiano y universal lamento de los hombres: y á pesar de tales sentimientos no saben en

que ocupar el tiempo, siempre insoportable peso á su inaccion. Los dias les parecen tantos siglos, ellos gimen de cansancio y desconsuelo mientras aguardan que pasen las horas empleadas en inútiles entretenimientos, y estudian varios modos de abreviarlas con la vanidad de sus diversiones. Que necedad tan detestable hacerse corta la vida! Esto no es vivir. La vida se nos concede à fin que adornemos el ánimo de virtudes. La vida es el tiempo que se nos ha dado para sembrar con santas y generosas acciones frutos de inmortalidad y de gloria que despues debemos recoger en la eternidad. El que consume sus dias en el ocio, el que los gasta en vanidades, no vive aunque se halle entre los vivientes. Es un

árbol seco que aun se mantiene elevado sobre sus raices sin producir algun fruto. Miserables mortales ! que ingeniosos somos para nuestro daño ! Todas las cosas nos enseñan que habitamos en la tierra para partir despues de una breve demora ; y con un artificio funesto nos mostramos sordos á estas voces saludables. Aquí caminamos sobre sepulcros manifiestos , y dentro de poco uno de ellos se ha de abrir sin remedio para nosotros. Cada momento puede conducirnos al último destino , y no obstante caminamos con tal seguridad como si fueramos inmortales. A cada instante vemos desaparecerse nuestros semejantes , el terreno casi tiembla baxo de nuesttos mismos pasos , y sin embargo prosiguen sin temor

nuestros descuidos, dormimos tranquilos nuestros sueños. Entre tanto llega la hora decretada por aquel en quien solo reside la autoridad sobre los tiempos. Entonces amedrentados queremos abrir los ojos. Infelices! Es muy tarde, ya es tiempo de cerrarlos para entrar en la region de los años eternos. Ya es noche para nosotros, y es preciso comenzar un sueño mortal. El tiempo pone fin á las generaciones de los hombres; pero apenas caen unos quando se levantan otros á ocupar su puesto: por eso no aparece el gran vacío que dexan los que salen del mundo. Así puntualmente nos sucede como á quien observa con atencion la corriente de un rio. Pasa á cada instante una ola, otra la sigue,

y mientras corre, otra la sucede: de tal suerte ninguna se para mas que un momento en el mismo lugar, y sin embargo el rio siempre está lleno. ¿ Donde se hallan al presente los que poblaron la tierra en el siglo anterior ? Cada generacion es como la ola que pasa. Siempre que el sol nace encuentra en la tierra una parte de menos entre los hombres habiendo la muerte conducido muchos á su seno ; y á pesar de esta experiencia contínua, el hombre coloca su afecto sobre la inconstancia de los bienes caducos como si fuera eterna su demora en la tierra. La história de los pueblos no es sino la història del nacimiento y muerte contínua de los hombres. La tierra no presenta mas que monumentos de la humana ca-

ducidad y de los triunfos del tiempo. Observo por todas partes campos labrados con artificio, los quales eran desiertos en otro tiempo; ciudades en cuyos recintos no existia por lo pasado algun vestigio de vivientes; pero tambien hallo desiertos que antes eran campiñas cultivadas, soledades que en años anteriores eran habitaciones. Busco atenta entre estos peñascos que son ahora zarzales, busco memorias antiguas, y mi vista nada distingue. El pensamiento se penetra con estudio por todas partes, y esforzàndose en desenterrar las cosas pasadas de las ruinas presentes, todo me lo representa con distincion: aquí, me dice, habia un palacio, allí un castillo, aquí las murallas y puertas de una ciudad, allí se

unian los magistrados, allì se celebraban los bayles y pùblicas festividades. Engañada de mi fantasia corro tras de ella y ya me parece diviso los templos, los palacios, las plazas, veo la concurrencia del pueblo, la pompa de la corte, los esquadrones de gente armada, los veo, los miro, contemplo la variedad de sus trages, el trato, las costumbres, los usos, oigo las producciones de sus labios y entendimientos. Desaparece la ilusion; la mente conducida por la vista vuelve nuevamente à la consideracion de aquellas piedras mudas é insensibles. Pueblos antiguos, ya no exîste indicio de vosotros. O tristes ruinas, que érais en un tiempo habitaciones de vivientes, quantas veces triunfó la risa en vuestra presencia,

quantas veces la pena y el afan, el suspiro y el amor! Ya se puso fin à todos estos trasportamientos de afecto. Tal es el tèrmino de los hombres, de sus cuidados y designios vanos. Un poco de tierra les cubre ahora, y juntamente con ellos á sus grandes miras, á sus alegrias y desconsuelos. O Babilonia, ò Troya, ciudades en otro tiempo esclarecidas y poderosas, leo en vosotras la suerte de las ciudades presentes y de los reynos ahora famosos. Aquí todo pasa, y de quanto nace tarde ó presto se concluye la existencia. El sol no alumbra algun objeto estable y permanente. Todo cae baxo el peso de los años, todo viene á ser finalmente víctima del imperio del tiempo. Este es una rueda que con sus giros conduce

siempre de nuevo los mismos acontecimientos. Vosotros ya terminasteis la breve carrera. De las generaciones pàsadas unas vieron crecer vuestra gloria y potencia, otras las vieron llcgar al colmo y algunas observaron su decadencia, su destruccioń, sus últîmas ruinas. Mientras vuestro fausto se inclinaba hácia su fin comenzaban á elevarse otras monarquias y otros reynos que despues perecerán á semejanza vuestra, y al caer saldrán á luz otros nuevos en la série de los siglos venideros para llegar finalmente á una igual condicion. Se destruyen las ciudades, tienen fin los imperios y los reynos. En vano se esfuerza en sostenerlos la actividad de innumerables exércitos. La corriente del tiempo arrastra consi-

go todas las cosas, y el hombre confia en él como si fuera inexpugnable al ímpetu de sus ataques empleando sus dias en hacer guerra contra Dios. Pone su confianza en el tiempo: pero considerémosle sin movimiento en el acto de pasar despues de una breve carrera á la region del sepulcro. Su semblante está pálido, sus labios privados del color nativo, su lengua muda, sus ojos cerrados para siempre: ya la vida le ha abandonado. Poco ha se contaba en el número de los vivos, ahora no exîste ni es mas que un cadaver horrible y espantoso. De que sirve al impío su audacia, que utilidad producen los placeres al necio mundano? De que le aprovechan sus riquezas y su fama? Ayer estaba en tiempo de conseguir

el perdon de sus yerros ; hoy todo se ha concluido para su persona. El alma ocupa en el infierno su eterno puesto. Entréguese finalmente al dominio de los insectos aquel cuerpo, y cúbrase con el mismo polvo de su origen. El ya desapareció del mundo ; poco tardará en destruirse tambien toda su memoria. Así concluye sus dias el que siendo enemigo de Dios abusa del tiempo de sus misericordias, y lleno de un atrevimiento insensato desprecia sus divinas amenazas porque juzga muy remoto el término de su vida. Pasó en una falsa paz la breve cadena de sus dias ; sin advertirlo llegó al ùltimo anillo de dónde depende la eternidad. Ahora la ve, pero es inútil toda resistencia ; el tiempo inexôra-

ble á toda súplica, prosigue su curso, y la eternidad tiene en su poder al delinqüente. Todos los hombres juntos no pueden evitarle su infeliz suerte. El es un incauto pasagero que duerme en un camino nada seguro. Sale de la emboscada el salteador que le observa, y se le acerca en silencio. Un amigo que mira desde lejos brillar el puñal, levanta sus clamores para despertarle de su plácida quietud; pero ya no es tiempo. El golpe se ha descargado, y el incauto pasa del sueño á la muerte. El traydor le despoja presuroso para esconderse. El tiempo en sí mismo es una nada: y con todo vale una eternidad. Es como una moneda que Dios puso en nuestras manos á fin que nos rescatemos de una per-

pétua miseria y compremos una felicidad interminable. Nosotros lo gastamos en las cosas vanas y caducas de la tierra. Será nuestra la culpa si al salir de ella nos vemos eternamente desdichados. Así pervertimos el órden establecido por Dios, así desperdiciamos en el viage el precio de las riquezas inmensas que se nos han preparado en la patria celestial. Es cosa justa que seamos excluidos quando llegue el tiempo de entrar á gozarlas. Quedará eternamente con nosotros nuestra voluntaria pobreza. Dios jamas admitirá en su consorcio al que hubiere disipado un tesoro tan apreciable. Las tinieblas exteriores serán la perpetua mansion del desdichado; un fuego inextinguible, un gusano devorador, la desesperacion,

los tormentos serán la eterna venganza de la injuria que hizo contra sí mismo, y contra Dios.

Padre de las misericordias, este es el abismo de que tù me has libertado. Que puedo darte en recompensa de tan grande y excesivo amor, sîno la plenitud de mi afecto? Miro el lago tenebroso de los réprobos, la obscuridad de las llamas, oigo el estruendo de las pesadas cadenas y de los golpes tremendos, llegan á mis oidos los clamores de los desesperados que abusaron del tiempo, y al presente suspirando en vano piden una sola hora para su remedio..... Ay! el terror se apodera de mi alma, los cabellos se me erizan.... La mente no puede contemplar con serenidad este espectáculo.... Me retiro.... Corro á acogerme

entre tus brazos, y en ellos me arrojo, ó buen Dios, toda llena de espanto y de terror. He visto, sì, he visto la eterna morada de que me preservò tu clemencia: sin tu bondad aun estaria entre los lazos funestos de la culpa como estube en los dias de mi ingratitud y rebeldia. La muerte que no está lejos, ya hubiera descargado contra mí los furores de su guadaña; por fin se hubiera decidido mi destino, y ahora yo me encontraria.... O Dios! eternamente separada de tu amistad y compañia, eternamente perdida. ¡Como este fuego de un eterno suplicio enciende mi corazon suscitando en él un incendio de amor! Gran Dios, te he ofendido, mis culpas son enormes; pero mi amor tambien es grande. Mis delitos

y tu perdon me sirven de medio prra conocer en parte quan digno eres de ser amado. ¡ Que cosa tan dulce es gastar en tu amor el tiempo que sin el auxîlio de tu misericordia se hubiera consumido en ofenderte! ¡ Como eres dulce para quien te ama! Quíen me separará de tu amor, ó adorable bien mio? El dolor? El afan? El hambre? La pobreza? Los peligros? La persecucion? La espada? Ay! no: en tí confio, en tí me refugio; por gracia soy tuya: soy débil y flaca, tú eres omnipotente; yo desafio á la vida, á la muerte, á todo el mundo, à las criaturas, à la tierra y al Cielo para que esfuerzen su poder en separarme de tu santo amor. Tú eres eterno, debo permanecer contigo por una eter-

nidad, mi amor será eterno. ¡Que gozo fuera el mio si pudiera hacer á todos participantes de mi suerte colocando á todos los hombres entre tus brazos! Vuelen mis voces desde un polo hasta el otro y resuenen en todos los ángulos de la tierra. O mortales, levantad hácia lo alto vuestra vista, mirad al cielo, mirad baxo vuestros pies un abismo, y en ambas regiones contemplad la eternidad. A este fin debe conducirnos el tiempo. Este es el fruto que produce su buen ò mal uso. Cada momento que os haga reos, puede traer consigo una eternidad irreparable, un abismo de penas. Temed el abuso del tiempo; mas si por desgracia habeis abusado, no os abandoneis á la desesperacion. El tiempo que

os resta, sirva para reparar los males del pasado y adquirir de nuevo la eterna felicidad perdida. El tiempo puede corregir vuestro yerro: esta es otra noble propiedad que la misericordia divina le ha concedido. Miéntras habitamos en la tierra y existimos en el tiempo, podemos retractar los yerros cometidos, y borrar nuestra eterna proscripsion. El Redentor divino nos ofrece siempre su preciosa sangre para este objeto. Como justicia eterna está siempre dispuesto á destruir nuestra malicia y á transformarnos de delinqüentes en justos. La misericordia divina quiere admitirnos á los gozos eternos con tal que la demos en tributo el arrepentimiento si nos hallamos privados de la inocencia. Por

eso la venganza no se executa con prontitud sobre los culpables. Todo el tiempo que vivimos despues de haber pecado, es un beneficio de la divina clemencia, que nos convida á la conversion, que no se resuelve al castigo, que nos aguarda al arrepentimiento, que nos quiere perdonar. En todas horas está pronto el Señor á acogernos y abrazarnos compungidos. Pocos dias, pocos momentos de dolor son suficientes para grangearnos el Cielo y juntarnos con Dios. Si hay alguna detencion, en el instante despues de haber cerrado los ojos á esta breve vida ya no estamos en tiempo, somos perdidos sin remedio. Quanto ahora nos seduce ó espanta, quanto nos deleyta ó desagrada, todo se concluirà entonces para nosotros.

Solamente quedará el fruto bueno ó desgraciado que hubiéremos recogido del tiempo. Todo pasa, todo tiene término, únicamente permanece la eternidad.

---

# QUINTA NOCHE.

## *LA REDENCION.*

El profundo silencio de la noche me llama fuera de la quietud de esta solitaria morada. Es tiempo de meditar las divinas grandezas. La serenidad brìlla en el Cielo. ¡Que vista tan deliciosa! Mi espíritu se transporta de admiracion; mis potencias se sienten llenas de Dios; mis pensamientos son arrebatados hácia la magestad suprema. Gran Dios! La naturaleza es un libro muy eficaz para manifestarnos la excelencia de tus perfecciones. Tus obras

publican tus grandezas. En la soledad mas que en otra parte nos hallamos dispuestos á oir sus inocentes voces. Los desiertos, los bosques, lugares á donde no ha penetrado jamas la industria humana, y que conservan el mismo aspecto que recibieron de tu diestra son los mas oportunos para mantener viva en nosotros la memoria de su autor! En todos esos recintos me parece veo presente tu divinidad. Cada tronco, cada piedra, cada arroyo, cada flor manifiesta con voz muda, ser una obra del divino artífice, una formacion de su mano poderosa. El hombre sólo se distrae de esta reflexion, se olvida de este indispensable tributo, porque justamente es la sola criatura que

de ti se separa. Todas las demas te obedecen con fidelidad y se encaminan hácia al término que las has prescrito. Ellas se conforman con tu voluntad, no se mueven sino á tenor de las leyes que las has impuesto; por eso no vemos en su órden sino tus vias y designios. Sólo el hombre sale del camino, sigue proyectos que no son tuyos, y sendas que de tí mismo le alejan. Por tanto su vista y sus obras en vez de conducir nuestro corazon á su orígen, le apartan del mismo y le llevan con la falsa guia de su vanidad y desórden al total olvido del Criador. Si entre todas las criatuturas solamente se contemplara el Cielo quando en medio de las tieneblas nocturnas se muestra luminoso y radiante por tan-

tas lumbreras que nuestros ojos descubren en la suma distancia, ¡que dulces atractivos sentiria para ponderar la belleza de su autor! La vista admirada con la variedad y hermosura de tantos objetos lleva tras de sí al espíritu hasta aquellas inmensas alturas, y llegando á las primeras esferas resplandecientes, ya cansada de tan larga carrera suspende su direccion. El pensamiento sólo robusto y vigoroso prosigue el dificil camino, pasa los espacios mas avanzados, y jamas se sácia de elevarse para explorar las maravillas que se esconden en el seno de la naturaleza. Entonces poco á poco se transfiere de las cosas visibles á las invisibles, y finalmente va á reposar en tí, ó soberana inteligencia, que como has producido

y ordenado todos los séres, así los diriges y gobiernas contínuamente. ¡Que abismo, Dios mio! Todo es grande lo que hay en tí. No tienen límites tus perfecciones. ¿Quien puede conocer los tesoros inmensos que en ellas se encierran? Tu poder es infinito. El Cielo y quanto se manifiesta ú oculta así en él como en la tierra, no es sino una imagen muy obscura de tu grandeza. En qualquier instante puedes sumergir en el gran caos de la nada la multitud inmensa de las cosas criadas. En todos los momentos puedes producir de la misma nada innumerables exîstencias mucho mas nobles, construir nuevos cielos, fabricar nuevos mundos. Tu sabiduria es infinita, y campea en todas tus obras, en tus vias y

designios. Tu misericordia no tiene límites, ni tampoco los conoce tu justicia. O virtudes! O perfecciones en apariencia contrarias! ¿Quien es capaz de conciliaros? O divina omnipotente sabiduria, tú formas el grande y precioso vínculo, diriges las operaciones y conservas á cada uno de los supremos atributos la integridad de sus derechos. Con tu medio un Dios encuentra el modo de perdonar las culpas humanas no dexándolas sin castigo, y de imponer la pena al mismo tiempo en que se concede una liberal remision. Yo te admiro y adoro en este misterio desconocido á los siglos. El hombre rebelado contra Dios era su enemigo: la muerte y el infierno armados para daño del culpable no aguardaban mas que

una intimacion del Omnipotente para emprender la venganza y hacer un estrago. La divina clemencia no quiere castigo sino piedad. Pero Dios que no puede menos de odiar la culpa, está enemistado con el hombre infecto de la misma. Este siendo esclavo del pecado y enemigo de Dios sirve al delito contra la voluntad de su soberano Criador. Dios está airado contra el hombre porque éste no le reconoce. Quien pondrá al hombre en gracia de su Señor? Esto solamente puede hacerse por un Dios. El Verbo del Padre engendrado en el seno mismo de la eterna substancia desciende à la tierra para hacerse legado y mediador de los hombres reos. El no se desdeña de adaptarse á la pequeñez del delinqüente, va en busca de su ofensor y tra-

ta con Dios la reconciliacion de su mismo enemigo. ¡ A que excesos de bondad no llega por restituirlo á la gracia del ofendido ! Le ilumina con su verdadera celestial doctrina, le hace conocer las razones del Criador, sus propios yerros, le anima con su eloqüencia y exemplos divinos á volver á la felicidad de su primera situacion. Cura las llagas mortales que el pecado habia impreso en su persona, se insinúa en su espíritu con la gracia, le alumbra y hace capaz de entender los mas ocultos misterios; se introduce en su corazon, lo mueve y estimúla con suaves y poderosos impulsos á someterse á su legítimo Señor. Le libra de la tirania de los afectos terrenos y brutales, que lo sojuzgaron ha-

llándolo débil despues de haberse separado de su Dios. En suma su bondad no omite algun medio porque el hombre no quede oprimido en su triste cautiverio. Pero Dios ultrajado exîge una satisfaccion proporcionada à su grandeza, y al hombre faltan arbitrios para reintegrar los derechos de la magestad ofendida. Mas por eterno beneficio ya no exîste algun obstáculo; el mediador divino toma sobre sí la reparacion de la injuria: la reconciliacion queda concluida y el hombre absuelto. Por su bien se ha sacrificado sobre un árbol de ignominia el Unigénito del Altîsimo. ¡O gran Dios! ¿Que cosa es el hombre para que te muestres tan atento y solícito en su regalo? ¡Que cosa es el hombre en tu presencia para que

tanto te esfuerzes en protegerle? El es un objeto de tu misericordia ; tu benèfica mano le sacó de la nada puntualmente para hacer triunfar en él tu bondad mas que en lo restante de las criaturas. Estas ó no te aman porque son incapaces de conocerte, ó te aman sin poder negar su amor, porque te conocen muy bien para no amarte. El hombre parece un sér formado de tu mano para mantener una perfecta y libre correspondencia de amor. El puede amarte porque de alguna manera te conoce ; pero es libre en amarte porque no goza de tu vista. Sin embargo, con un esfuerzo contínuo de gracias y favores le excitas al amor, y en su corazon la grandeza de tus dones suple la incapacidad en que él se encuen-

tra de mirar sin el medio de algun velo tu infinita amabilidad. Sì, gran Dios, tú eres amable en todas las cosas. Tus obras nos enseñan que eres digno de nuestro amor. Quando pienso que con un sólo acto de voluntad das el sér á los cielos y à la tierra; quando considero la luz que no existe, obediente á tu voz poderosa y pronta en desechar las tinieblas del primer caos; quando te imagino en acto de disponer las estrellas en su justa distancia, me ocupa una total admiracion, y sorprehendida de tu grandeza, magestad y poder, me postro en tu presencia, y respetuosa te adoro. La belleza y bondad de las criaturas que son tantas emanaciones de tu poder, me ratifican la bondad de su autor convidándome

á amarle; mas tu grandeza me asombra. Yo te amo, pero mis afectos persuadidos de su baxeza casi no se atreven á llegar al trono de tu gloria, y el temor apenas me permite proferir trémula y agitada, *eterno Dios, amor mio.* Pero quando te veo, Rey eterno de los siglos, mandar á la tierra á tu Unigenito, quando contemplo al mismo Criador del universo venir desde su luz inaccesible, cubrirse con el velo de la humanidad, anonadarse y hacerse uno de los mortales para habitar y conversar con nosotros, para morir por el culpado entonces mi estupor no tiene límites, mi corazon se pone en quietud, todo temor se destruye, y arrebatada por un exceso de amor ya no puedo hacer otra cosa sino amarte. La

creacion del universo no te cuesta sino quererla, el rescate del hombre te importa treinta y mas años de ignominias y trabajos. La muerte introducida por la culpa nos aguardaba para reducir nuestros cuerpos despues de un corto tiempo á la tierra de donde les vino su orígen. Nuestra alma era tambien víctima de la muerte porque se habia retirado de ella el espíritu divino que la vivificaba. El hombre exístente en la tierra no era sino la union de dos cadáveres, ambos perseguidos por el gusano mortífero del pecado que los roia. Las llamas de sus vicios y de la concupiscencencia desordenada lo devoraban. Tù, ó eterno Verbo, descendiendo à habitar entre nosotros diste al pecado la muerte para

resuscitarnos á la vida de la gracia. El poderoso conductor de la nacion hebrea, que divididas las aguas con la eficacia de su imperio, salvando al pueblo fiel sumergió al enemigo, no es sino una imperfecta figura y una sombra de tu persona. Tú eres el grande, el verdadero héroe que sepultas en las aguas las armas de las tinieblas y las fálanges contrarias del abismo: tú el grande libertador, que redimes al linage humano de la esclavitud y de la muerte que le amenazaba el infernal Faraon. Con tu poder encontramos la vida en las mismas aguas en que queda ahogada la culpa. Aquí renacemos adquiriendo la libertad; pero en este nuevo nacimiento descubre mi vista otro horizonte: aquí comienza un órden nuevo

de cosas : veo un nuevo cielo y nuevas tierras ; el universo se me hace pequeño, toda la creacion desaparece en el paralelo con las nuevas maravillas. Entro en paises desconocidos é inaccesibles á los sentidos, y adonde la razon no me conduce : una luz mas noble, un rayo mas vivo de la divinidad me precede. Eterno Dios ! ¿Que es lo que miro ? Adonde soy transportada ? He aquí el mundo de la fé, he aquí el reyno de la gracia. ¡Quanto supera en amplitud al reyno de la naturaleza ! Donde este acaba aquel comienza. Con darnos la exîstencia nos introduces en el reyno de la naturaleza ; renovándonos con una generacion sobrehumana nos abres la entrada al reyno de la gracia. En aquel nos manifiestas

tus criaturas visibles; en este nos admites á participar de tus arcanos; allí produces la humana descendencia echando una ojeada benigna sobre el inmenso caos de la nada; aquí con nueva generacion das un sér distinto á tus hijos mirando las manchas de sus culpas con vista propicia: allì resplandeces en medio de las obras de tu poder siempre admirables y excelsas: aquí te veo reparador de las criaturas en las obras de tu clemencia que son mas augustas y magníficas. Tus tesoros todos son igualmente infinitos, pero te complaces en distribuir con mayor ostentacion las riquezas de tu misericordia. Dios no habita inúltimente en persona sobre la tierra por tan largo espacio de tiempo, ni un aparato tan gran-

de precede á empresas de poco momento. A un Dios mediador no basta ponernos en el primer estado: quiere distinguir su inefable bondad con otros nuevos beneficios: entra en parte de nuestra suerte para conducirnos á gozar de una porcion de su gloria: desciende á buscarnos en la tierra para llevarnos á su eterno reyno: se hace hombre para que seamos hermanos suyos, è hijos de su eterno Padre. Así nos renueva para un nacimiento divino haciendonos hijos y herederos de Dios. Su espíritu de amor toma posesion de nuestras almas y nos llena de su divinidad. Ya no somos extrangeros en la casa de Dios, nuestra sangre circula por sus venas, su espìritu nos aníma y habita dentro de nosotros, por él tenemos

vida inmortal y divina. La destruccion de estos miembros no es verdadera muerte para nosotros. Un cuerpo de pecado no es digno de nuestra nueva suerte. Conviene eutregarle á la tierra de quien lo recibimos: es carga despreciable para los ciudadanos del Cielo que son hijos adoptivos de Dios, y es preciso deponerla aguardando que caiga de su peso y se destruya. Pero el mismo espíritu de Dios que habita en nosotros lo restituirá algun dia á nueva vida, y haciendo que renazca de condicion mas sublime, nos le entregará todo celestial, espiritual, glorioso è inmortal para que éntre tambien en el reyno de la incorrupcion y de la luz. Es cierto que ahora no somos admitidos á la gloria de un carácter tan augusto,

y à la posesion de una felicidad tan elevada. Tenemos la esperanza y el derecho, pero revestidos de esta carne mortal estamos en estado de pobreza y de peligros, nos hallamos en medio de los enemigos y en lugar nada ventajoso. La tierra no es sino un campo de batalla, donde á cada paso nos vemos obligados á combatir para defender nuestros derechos. Mas por divina clemencia no somos solos en la lucha: el celestial libertador se halla en nuestra compañia. Si en forma visible derrotò á nuestros enemigos, ahora vela invisible en medio de nosotros para resistir á los contínuos ataques, suministrarnos las armas, adestrarnos al conflicto, y darnos la victoria. Si seguimos sus banderas, si observamos

sus señales, si corremos tras de sus pasos, si le imitamos, somos vencedores. El no nos ha abandonado: concluida su legacion entre los hombres partió de la tierra restituyendose al Cielo; pero fué como enviado divino á mediar entre los hombres y Dios; y ser eterno intercesor en el trono del Altìsimo; subió revestido de nuestra semejanza para tomar posesion de un reyno destinado á nuestros gozos. Volvió al Cielo sin dexar la tierra. Su espíritu existe en nosotros; antes bien él mismo en persona aunque oculto con aquel mismo cuerpo que tomô en las puras entrañas de una Virgen se nos une en modo inefable, y haciéndonos miembros suyos nos comunica con su sangre y con sus carnes inmortales una virtud divina à fin

de hacernos impenetrables á todo impulso contrario: infunde un valor inaudito para que superemos los ataques del enemigo: con su misma sangre derramada por nosotros cura nuestras heridas, y restituyendonos á la vida de la gracia nos fortalece para la batalla, y nos guia nuevamente al logro de la corona. Su reyno era el Cielo: la tierra estaba oprimida de la dominacion del pecado. Ya está destruido el cruel yugo, su conquista es la tierra, que es tambien su reyno despues de haber sido unida al Cielo con la mas estrecha alianza. La tierra està toda cubierta de hijos de Dios, y el Cielo un dia estará lleno de habitadores de la tierra. He aquí, ó mortales, vuestra verdadera grandeza; pero considerad al mismo

tiempo su orígen. Somos grandes, nos acercamos á Dios, pero no es mérito nuestro sino favor divino. Sómos débiles, las inclinaciones baxas y groseras nos asemejan á las brutos; no es defecto de nuestra naturaleza, sino vicio de la culpa. Nècia sabiduria del hombre, aquí el Cielo te confunde. Tus sequaces que son los doctos de las naciones en vano consumen siglos enteros para desatar el intrincado nudo, como se junta en el hombre tanta elevacion y tanta baxeza. Ellos disputan entre sí todavia, y su misma confusion es indicio manifiesto de la falsedad de sus proyectos. Hijos del orgullo, no quieren derivar la luz sino de las tinieblas escogiéndose á sí mismos por guias. Dios les abandona, y ellos van á tientas

en el camino de su necedad é ignorancia. Experimentan la viva inclinacion que existe entre nosotros en órden á la propia felicidad; todos pretenden conducirnos á ese término, todos nos la prometen y ninguno la encuentra. Nos exhortan á buscarla en nosotros mismos, y el hombre no tiene en sí mas que miseria. El hombre fué criado inocente y semejante á Dios, recibió de su Criador la santidad, la sabiduria, y fué destinado á participar de su gloria. Separado de Dios por su soberbia perdió la inocencia, se hizo esclavo de la culpa, adquiriò de esta misma unas propensiones contrarias á su propio caracter y desproporcionadas á la sabiduria que son justa pena de su delito, é instrumentos del Señor para vengar sus derechos

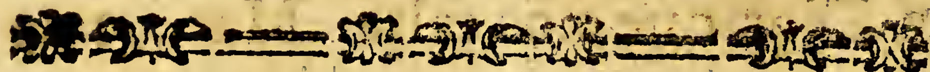
ultrajados. De aquí nace en nosotros aquel contraste de deseos opuestos, y de afectos discordes entre sí, como tambien aquella union extraña de vileza y de excelencia desconocida á los sabios del siglo. Exâminando el carácter del hombre, algunos entre ellos deslumbrados con el rayo de la divinidad que resplandece en el objeto de su estudio, y que no es otra cosa sino una semejanza entre la criatura y el Criador; hombres, nos dicen, vosotros sois tantos dioses: buscad la sabiduria en vosotros mismos; ella os iguala con el mismo que os produxo. Persuadidos los otros de nuestra flaqueza, y de la inconstancia de nuestros groseros apetitos, nos enseñan que nuestra condicion es igual á la de los brutos, que es muy

corta nuestra superioridad en esta comparacion, y que el bien consiste en el pábulo de los sentidos. Su vana presuncion les ciega; y los unos por las vias del orgullo, los otros por el camino de la vileza y del oprobrio igualmente alejan al hombre de su término. Imprudente sabiduria humana, enemiga de de Dios, tienes acaso en la tierra alguna luz que te descubra los cielos? Por ventura podriamos ver al sol y à las estrellas si de allí no descendiesen rayos luminosos para formar la imágen en nuestros ojos? El hombre por sí jamas conocerá las cosas divinas si un rayo del Sol supremo no comunica á nuestras mentes su benéfica luz: así el hombre será siempre á sí mismo un misterio, porque su orígen

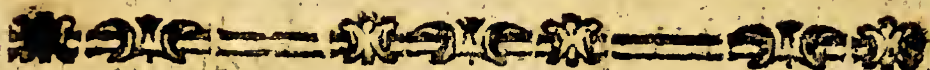
y su fin son divinos. La sola fé puede conducir nuestro conocimiento á un grado tan alto porque de allì desciende. Ella sola nos descubre nuestro sér inapreciable. No sómos dioses por naturaleza; pero tampoco podemos ser confundidos con los brutos. Las concupiscencias animales que nacen dentro de nosotros son efectos del pecado. Aun en medio del desórden de las potencias se dexa ver una parte de gloria: pero todo se reduce á ruinas de nuestra primitiva grandeza, que solamente pueden ser restauradas por un Dios. Por todas partes se descubren en nosotros los vestigios de una mano suprema ausente de nosotros, de un Dios que voluntariamente perdimos; y así nuestra mayor grandeza no es sino el inmenso vacio dexado por

un Dios que nos fálta. Mas, esta Magestad augusta abandonada por eleccion y malicia del hombre, ahora se le acerca para destruir su perversidad, y restablecer su decadencia: ahora ocupa toda el gran vacio que encuentra y se le comunica todo liberalmente. Por su bondad sómos elevados sobre nuestra esfera, y siendo por naturaleza hombres sómos dioses por gracia y participacion.

---



# SEXTA NOCHE.



## *LA PASION*

## *DEL SALVADOR.*

Ingrato, suspende tu camino...... interrumpe tu designio...... Pero ya no es tiempo: el sacrificio está consumado...... O dulzura infinita de mi divino Señor! Ni siquiera muestra un semblante severo. Sabe la iniqua determinacion del discìpulo avaro, y no la impide, dexándole partir á fin de dar cumplimiento á la depravacion de sus ideas...... Corazon mio, hácia donde te encaminas? Qué objetos tristes se te ofrecen?

O tiempos...! O eterno Dios! A que escena tan cruel me has reservado! Porque mis ojos no se han cerrado á la luz del mundo antes de ver esta cruel catástrofe? Porque juntamente con el llanto no he vertido tambien esta alma á los pies de mi adorable bienhechor, quando se los lavè con mis lágrimas y obtuve el perdon? Solamente lo he conocido y amado para observar despues el total estrago de sus miembros? O noche espantosa, horror de los siglos, noche en que fuè dada por un Dios la prueba mas noble de amor, y dispuesta por los hombres la mas perversa de las trayciones, renueva en mi memoria las empresas detestables y excesos injustos que cubriste con tus tinieblas. Ya el sol se inclinaba

hácia el ocáso, quando el divino Mesias huesped en la tierra despues de treinta y mas años se disponia á volver al seno de su padre: sentado á la mesa en medio de sus discípulos con aquel tierno afecto con que siempre les habia amado, viéndose en punto de abandonarlos, *he deseado*, les dice, *he deseado con ardor y vehemencia celebrar este convite en vuestra compañia* Entre tanto toma en sus manos un pan, levanta al cielo sus ojos, é inflamado su rostro con los rayos mas vivos de la divinidad en el acto de verter sobre la humana descendencia los tesoros de su divino amor le bendice, le divide, y distribuyéndole á los suyos, *este*, los enseña, *es mi cuerpo que ha de ser inmolado por vuestro bien.* Despues tomando

el caliz con vino..... ó Dios .....! Que exceso de bondad.....! Que cosas no dixo cn aquella última cena este amable Señor? Que recuerdos tan tiernos, que dulces promesas, que consuelos, que protestaciones y pruebas de amor no acompañaron su última despedida de los hombres que vino á salvar! Y vosotros, ó mortales, que haciais entonces? Ay! sus mismos discípulos mas amados apenas le oyen, y el traydor tomando presuroso el augusto manjar, parte en busca de los enemigos. Un ósculo es escogido para entregarle à muerte: un sólo ósculo acompaña la separacion del divino bienhechor, y no es mas que la señal destinada para la entrega. O mortales! A que fin ese aparato espantoso de armas y de armados, á

que fin los azotes, las lanzas y la cruz? Para dar la muerte al que buscais con tanta solicitud basta vuestro desconocimiento: el aspecto de este sólo es suficiente para llevarle hasta su último aliento. Miradlo en agonia con los dolores mas terribles de la muerte. Si aun está vivo no es por debilidad del dolor sino por la fortaleza de quien sufre. La muerte ha ocupado contra él todos sus furores; los torrentes del afan han inundado su espíritu llevandole por caminos dificiles á un mar ìnmenso de aflicciones y de penas. La omnipotencia siempre atenta á grandes empresas, le asiste incesantemente en su desventura: el amor le fortalece en la vehemencia de sus sufrimientos. Todas las obras del Altísimo son prodigios. Ahora

Christo sufre y en su constancia demuestra el carácter de su divinidad. Dulcisímo Señor, en vano me esfuerzo por imitar con mis penas la exuberancia de tus tormentos. El hombre es la medida de nuestras afiicciones: quando estas tocan los confines de nuestra flaqueza queda oprimida la carne, el ánimo cede, y rompiendose el vinculo que los unia el espíritu se retira. Pero la divinidad que en tí está oculta da vigor á este enlace: la omnipotencia era la base de la humanidad que no podia ser destruida por el peso infinito de todos los tormentos posibles. Quanto puede un Dios tanto podia sufrir tu humanidad. Las inteligencias criadas no pueden llegar á concebir la grandeza de tus sufrimientos característicos de un

Dios. Tu poder infinito sacó todas las cosas de la nada; pero tu amor hácia el hombre no fué menos eficaz: este anonadó al autor de todas las criaturas haciéndolo semejante á nosotros; y el hombre tan amado se convierte en el mas cruel enemigo de su soberano bienhechor. Este es un tormento el mas fiero para el amor divino; si el lo sufre es un efecto de su inmensa bondad. Sin embargo, Dios mio, tù amas al hombre aunque ingrato, tú deseas su felicidad y salvacion. Su desconocimiento no extingue tu amor. Aun suspiras verlo unido á tu seno adorable por medio de su compuncion para hacerle participante de tus gozos. Pero que este objeto de tu amor obstinado en su daño desprecie tus amorosas so-

licitudes y beneficios, y para hacerte guerra se envuelva en su eterna miseria, es un tormento cruel para el amor de un Dios y juntamente digno de su grandeza. Tú te entregas al dolor por el hombre ingrato, tú sufres por su bien y à despecho de tu amor te ves precisado á condenarlo á una pena eterna. O gran Dios! solamente á tí no se oculta la gravedad de esta pena. Ay! el infierno abre aquí sus puertas y sale armado para asaltarte. Todos sus suplicios se unen en tu corazon; la terrible eternidad cae de golpe sobre tí con su enorme peso.... Quien socorre á mi Dios..- O Jesus, el aliento me falta.... Tu dolor me da la muerte.... O Redentor de los hombres..... hombres eternamente perdidos... Que pena tan atroz á tu amoro-

so corazon.....! Los llamas á la gloria de tus hermanos, de tus hijos, y ellos ingratos por su culpa.... sin esperanza en aquellas obscuras llamas.... Gran Dios! tú sientes todos sus tormentos: el amor los hace tuyos.... Cada uno de aquellos míseros tiene su pena..... son tantos tus verdugos, quantas son las penas de aquellos infelices que gimen sin consuelo.... tú solo sufres por todos.... Una sola ojeada tuya descubre todos los siglos eternos de sus tormentos, y todos en un solo instante te hieren el alma y despedazan el corazon.... Tu dolor es grande è igual á tu poder... Eterno Padre, socorre á tu amado Unigenito. Pero que miro? Obscurecido el cielo, consternados los espíritus celestiales, taciturna al pie del

trono la adorable clemencia, armada la justicia del eterno Rey, y su brazo en acto de descargar los golpes de sus iras.... Veo al mismo Rey supremo en aspecto severo y ceñudo.... Un sudor frio corre por mis miembros..... Celestes inteligencias, qual es la causa de esta triste escena? Todos callan; por todo reyna un profundo silencio. De donde nace?.... O Dios eterno! Contra tu mismo Unigénito se dirigen estas fieras venganzas... Jesus mio, la tierra, el infierno y el cielo son tus enemigos. De que apariencias tan odiosas te has revestido! O inocente cordero, tomaste á tu cargo todas nuestras culpas, las hiciste tuyas y baxo de este carácter eres un objeto de abominacion para el cielo, y aun para tu divino

Padre hecho ahora tu juez mas severo... Con esta vista experimentas un deliquio mortal sin poder mas resistir el ímpetu de tantas angustias.... un sudor frio de sangre corre por tu cuerpo.... O Jesus mio.... mi buen Jesus.... ò cruda memoria !......... La noche cada vez mas obscura espesaba sus tinieblas en aquella region fatal, y los discípulos sumergidos en un sueño profundo, separados del maestro en muy corta distancia le habian dexado solo en su fiera lucha; pero entre tanto no dormia el traydor. Haciendose caudillo de un esquadron de armados dirige hácia allá sus pasos. Ha llegado la hora fatal concedida al poder de las tinieblas; y el Hijo del Altìsimo entregado en las manos de aquella tur-

ba desapiadada será hecho víctima de su saña. De las puertas de Jerusalen salen las tropas de sus enemigos. La santa ciudad se anima à mancharse en la sangre de su Dios y está en movimiento para executar una horrenda carniceria. Introduce en la conjuracion al Sacerdocio, á los Escribas, al Gobernador Romano, y al mismo Monarca. Pocos dias hace lo suspiraba por su rey, quando le salió gozosa al encuentro acogiendole llena de regocijo entre aplausos y aclamaciones. Ahora la escena tiene otro aspecto. Un extraño furor la conmueve: en todos sus recintos se oyen gritos descompasados que piden la sangre del Nazareno despues de haberlo ultrajado y maltratado con pisadas, con golpes, con

bofetadas : la ingrata lo conduce en triunfo por las calles cargado de cadenas como un malhechor, añade á la mofa las heridas, á las llagas los insultos, le pone sobre los hombros el patíbulo, y mirandole caer á cada paso despedazado y semivivo le arrastra hasta el suplicio. Jerusalen, ciudad pérfida y desleal, ciudad siempre amada de Dios y siempre ingrata, homicida de los justos y profetas, á que horrendo exceso te ha llevado la potestad del abismo! A tu Dios no faltarán jamas ni adoradores ni siervos, todas las naciones son suyas, y aun de las mismas piedras sabrà formar hijos de Abraan; pero tú eres el exemplo manifiesto de sus venganzas...... O patria desventurada! A que extremo has llegado! Yo tiem-

blo por tí. Las amenazas fatales de un Dios á quien diste la muerte, se hacen sentir en lo mas oculto de mi ánimo y me llenan de terror al ver muy vecinos los funestos acontecimientos. Veo inundarse tus campiñas con las tropas enemigas que se acercan á tus murallas, oigo los clamores de los guerreros que sintiendo tocar al arma se previenen para el combate; el cielo los protege y tu eres perdida. En vano invocas al Dios de tus padres que ya no es tuyo. Abandonado por tí, tambien él te desampara. Huerfána y sin auxîlio eres una presa de las naciones. La discordia y el hambre consumen á tus hijos: tus vias redundan de sangre domèstica, tus torres están aniveladas con el suelo, el templo y tus

edificios son sepultados baxo sus mismas ruinas. Jerusalen, tú eras contada en un tiempo entre las exîstencias, pero ya no exîstes. Tus infortunios me angustian; mas tu culpa y tus excesos me acaban. ¡O Dios!... En el Golgota el rey de las gentes, el justo, el fuerte, el deseado de los santos, el mismo Dios! En vano quisiera yo no haber intervenido al espectáculo atroz! Me hallé presente mirando al señor de la gloria suspenso del patíbulo como un delinqüente en el monte santo. Ví tambien allí á los hijos de Isrraël motejarle regocijandose entre las humillaciones y oprobios de su divino libertador. Le ví manando raudales copiosos de sangre por todas las partes de sus miembros desconcertados y heridos. En él no aparecia al-

guna imágen de su primer semblante. Quantas veces desde su mismo cadalso volvió á la amada ciudad sus ojeadas moribundas como si la dixera en tono adolorido y quejoso: *¿qué delito he cometido, en qué te he injuriado?* Quantas veces dirigió su vista à la turba del pueblo numeroso que le rodeaba buscando alguno que se compadeciese de su estado. Apela despues al cielo; pero inmediatamente tocado el espíritu de un nuevo dolor, le oigo clamar en medio de su afliccion: *Dios mio, porque me abandonaste?* Finalmente sintiendo áridas sus fauces por una sed mortal, con voz lánguida pide consuelo en sus últimos alientos, y se le presenta vinagre amargo dentro de una esponja. Apenas prueba aquel

licor desapacible quando viendose ya cerca del postrer momento, en alta voz se encomienda al Padre y dexa caer sobre el pecho su adorable cabeza. Con tal vista sentí se me arrancaba el alma del cuerpo. Quantas veces morí en aquel dia! Quedé como inmovil, casi perdido el uso de los sentidos; mas sin embargo juzgaba percibir un confuso mormullo que ya le contaba entre los difuntos. No dí crêdito á este rumor público, pues quien ama siempre es fácil en lisonjearse. Estaba yo al lado de su dulce madre, nueva ocasion de mis tristes penas. Quien puede pintar el insufrible martirio que produxeron los afectos en aquel corazon tan amante? Su llanto fuè muy escaso porque la vehemência del

dolor no la permitia llorar con desahogo. De sus ojos apênas corrian algunas lágrimas que se enxugaban con prontitud. Mantenia inmoble la vista desolada sobre el objeto de su amor: se hubiera creído estar sin aliento sino hubiera asistido con extrema constancia al pie del mismo cadalso: contenia dentro de lo mas oculto de su pecho los profundos suspiros como el que ya vecino á la muerte palpita oprimido de la amargura de sus angustias: con ellos á las veces interrumpia su silencio temblando siempre de horror por el éco de las blasfemias del pueblo como quien se espanta á la vista de un objeto insoportable. Yo entre tanto recobro el uso de los sentidos y comienzo a divisar los objetos quando miro

una lanza elevada acercarse hácia la cruz. La manejaba un soldado que pasando por medio de la turba numerosa se avanzaba para herirle. Prorrumpí en altos clamores cubriendo mi rostro con un velo para entregarme en medio de la compasion y del horror à un llanto inconsolable y copioso. Todas las voces y estruendos que herian mis oidos me parecian tantos golpes de aquel hierro desapiadado que producia funestas ímpresiones en el cuerpo de mi Dios, y arrancaban el alma de mi seno. Asi me mantuve por algunos instantes quando al abrir los ojos observé aquel Sacratísimo costado abierto por una grande y profunda llaga, de donde salia el agua unida á la sangre: ya no pude dudar de su

muerte. Extendi mis brazos y como fuera de razon corriendo sin destino me abracé finalmente con la cruz. Una y mil veces llamaba en socorro á la muerte al verme privada de mi Dios. ¿Quien me restituye, clamaba sin consuelo, quien me restituye mi amor? Quien se mueve á compasion de mis males y abreviando la série de mis dias me proporciona de nuevo el lógro de mis anhelos? El cielo estaba cubierto de densas tinieblas, temblaba la tierra, y los peñascos se daspedazaban mostrando con esta sensibilidad la abominacion del horrendo deicidio. Las turbas amedrentadas baxaban presurosas del monte, y yo apenas advertia esta universal revolucion de la naturaleza. Mi alma se hallaba en mayor tras-

torno sin embargo de estar vecina á los despojos mortales de mi Señor; pero su confusion no la impedia imaginarselo vivo en aquel mismo aspecto en que otras muchas veces le habia contemplado con admiracion y con gusto. El amor y la memoria se lo reptesentaban en varios modos, y en cada instante el dolor repetia estos acentos: reflexiona lo que era entonces y lo que es en el estado presente. Muchas de estas imágenes se atropellaban en mi ànimo; pero todas en aspecto funesto. Los dichos, las vistas, las acciones, los pasos que me iban recordando la persona del amante Salvador, eran tantos cuchillos que atravesaban mis entrañas. O Dios de bondad! ¿Hasta quando permanecerá en mí esta cruda memoria? Desde

entonces quedé siempre al pie de la cruz de mi amado. Allí sin cesar me detengo ahora con el pensamiento: allí me encuentro inmoble con mis afectos, allí paso los dias y noches enteras. Siempre medito quanto hizo por mí el amor de un Dios. Siempre renuevo la memoria de mis antiguas culpas é ingratitudes, y la clemencia de mi dulcìsimo Redentor. Allí aprendo á amarlo con mas ardor: mi manjar y bebida son las lágrimas, el llanto, el dolor, el amor. O buen Dios, mi buen Señor, apaciéntame siempre con esta gustosa vianda. Con ella prolonga mis dias, y si conviene morir, muera yo de pena y de amor.



# SEPTIMA NOCHE.

## *CARACTER*

## *DEL REDENTOR.*

Es posible, Jerusalen, que jamas pueda pensar en tí sin sentir mis ojos empapados en lágrimas? Desventurada! Es muy grande tu desdicha. Diste la muerte á tu Dios; su sangre clama venganza contra tu exceso. El cielo movido de la justicia de estas voces se dispone á descargar sobre tí el torrente de sus iras: La mano del Omnipotente ha comenzado à executar los designios oportunos á tu castigo,

las criaturas mismas se unen para defender la causa de su Autor. Infeliz, que haces? En que te detienes? Por que te obstinas en la culpa? Húmillate en la presencia de tu Dios que es el Dios de la clemencia. El delito de tu perfidia aun no ha podido excitarlo á venganza. Murió pidiendo por tí piedad y perdon á su Eterno Padre. Espera, arrepiéntete, implora su misericordia y recobra la vida que perdíste en medio de tus muchas y graves abóminaciones. Deplorable pecadora, es grande tu miseria! Mas la piedad del Señor abre tus ojos á la luz: mira tus males y horrorizate. Sí, conozco al amable Jesus ultrajado por mis flaquezas y no encuentro làgrimas suficientes para lavar mis culpas: entretanto des-

cubro otros ingratos delinqüentes contra mi divino amante ; contemplo otros males, otros delitos que excitan mi llanto y dolor. Ay! La Magdalena no es la sola ingrata con su Dios. Otros tambien le ofenden : el mundo está lleno de pecadores : con tal vista mi espíritu no halla consuelo. Los pueblos y naciones han prevaricado separandóse del Dios de sus padres, han escogido por ley los deseos corrompidos del corazon, han tributado incienso á divinidades absurdas, han adorado á los mismos demonios : sus ritos son inmundos, sus cultos llenos de impureza y relaxacion, sus costumbres caracterizadas de la infamia. La abominacion posee al mundo : la ciudad escogida por el cielo para depositaria de sus leyes por

fin se ha rebelado del todo contra su Dios arrojarlo fuera de sus puertas. Los beneficios del Eterno no producirán en la tierra otros frutos sino desconocimientos y trayciones. De este terreno malo é inculto no nacerán sino frutos dañosos. Pecadores . . . . . . . . . ¿por qué el éco de mis voces no corre desde el oriente hasta el ocaso para que todos los mortales perciban mis conceptos? Pecadores, ¿en que ocupais vuestra exîstencia? El Dios á quien ofendeis es el mismo que os ama. Venid, arrojaos á sus pies y volved á su seno paterno. ¿Que vano temor os ocupa y detiene en acercaros á esta fuente de agua viva? Infelices mortales, sois el juego de vuestros afectos en el mar tempestuoso del mundo. Son in-

geniosas nuestras pasiones y astutos nuestros enemigos para hacernos caer en sus lazos. El pecado nos deleyta ; pero un juez omnipotente con su brazo armado nos amenaza para contener nuestra temeraria protervia. Un velo traydor se pone delante de nuestros ojos, el Dios que la fè nos muestra desaparece de nuestra vista , y en su vez se nos presenta la imágen de un Dios lleno de condescendencia, insensible á los ultrajes y nunca pronto al castigo. Se peca con desenfreno multiplicando sin medida el número de los excesos. La primera escena muda su aspecto. La conciencia manchada comienza por vengar sus injurias, violada de nuevo redobla sus clamores, á cada momento reprochando al pecador sus desórde-

nes, y privandole de toda quietud con los continuos torcedores le precisa alabandono de la culpa. Mientras el mísero vuelve en sí para acogerse al Dios de las misericordias le sale al encuentro un nuevo fantasma espantoso, pero igualmente infiel. Ya no vé sino á un Dios inexôrable que se complace en su destruccion y en su ruina: la clemencia y el perdon se han alejado de su esperanza. Su espíritu no descubre sino apariencias de ira y de castigo: la venganza y la muerte son las idèas que le acompañan incesantemente y afligen su imaginacion. Las pasiones y las culpas se unen para atemorizar mas al hombre desdichado y aumentan con mas furor los gritos de la conciencia. El infeliz apoderado

con mayor violencia de sus vanos temores deshace el corto camino que habia andado; las pasiones lo acogen de nuevo en su seno y con otros mas dulces atractivos le prometen calmar sus terrores. En medio de la iniquidad se admira de su letargo, mas no despierta antes de ser vìctima del fatal golpe de la muerte. Conoce en su desgracia que poco antes era tiempo de misericordia y compuncion: á semejanza del hombre que despeñandose de improviso por un precipicio, quando siente faltarle el terreno baxo sus mismos pasos extiende presuroso los brazos para refugiarse en el apoyo de un tronco ò de una rama, asi tambien èl quisiera en aquel instante encontrar su remedio; pero ya no

es tiempo: el peso de su malicia le lleva con impetu hasta colocarlo en el centro de la eternidad. Tal es el artificio faláz de nuestras inclinaciones desarregladas y del príncipe de las tinieblas: incitarnos á la culpa con una temeraria confianza cerrandonos el camino para el remedio por un deplorable abatimiento. El Dios de la religion no es el que nos pintan las pasiones. Es un Dios justo que detestando el delito no le dexa sin castigo, pero un Dios clemente que acoge al culpable para concederle perdon. Sus misericordias son sobre todas sus obras: su bondad se complace en un corazon contrito y humillado, ni desprecia á los que acuden à su trono suplicando piedad y remision. La culpa, ó mortales,

es la mas grande de nuestras desgracias. Detestemos nuestras abominaciones; pero si arrastrados de las deleznables concupiscencias hemos delinquido, la bondad de Dios es superior á nuestros yerros. No hagamos incurables estos males con derramar sobre nuestras llagas el mortal veneno de la desesperacion. Aun despues de muertos á la gracia podemos recobrar la vida, si no muere en nosotros la esperanza. En la presencia de Dios existe un intercesor justo y omnipotente que con sus meritos puede borrar las culpas del mundo entero. Dios quiere hacernos felices, ni por la felicidad que ha preparado exíge otro precio que el amor. Este es el sagrado depósito que hemos recibido de su mano benéfica para que

se lo presentemos como tributo de su venturoso reyno. Pero mientras caminamos aqui entre peligros y enemigos nos ha dado el temor con la esperanza para defensa del amor. A este solo se concede entrar con nosotros en aquella eterna mansion. La esperanza y el temor nos acompañan hasta el in-greso, pero nos abandonan alli moismo donde la seguridad nos sale al encuentro. El amor hace la parte principal en la alta empresa de conducirnos á Dios; la esperanza le precede inspirandole valor con indicarle la palma que le aguarda en el cielo. El temor le sígue, y si á las veces el amor se retíra cansado queriendo ceder á los enemigos de Dios, el se introduce en la lucha, le báldona su inconstancia, lo ame-

naza y defiende en sus ataques. Gon este auxilio muchas veces el amor aunque languido y casi moribundo consigue victoria. Si alguna vez se dá por vencido, la esperanza y el temor le asisten sin permitirle un instante de paz ó de reposo hasta tanto que empuñe de nuevo las armas, rompa sus vergonzosas cadenas y emprenda el camino que le conduce á su Dios. Estas son las partes y el oficio que el cielo les ha cometido. Pero á las veces se presenta en nuestra carrera una esperanza arrojada que nos sugiere emprésas contrarias al deber y á la léy: nos sale al encuentro un temór que ò detiene nuestros pasos en el recto camino, ó hallandonos extraviados nos disuade el entrar de nuevo en la via que perdimos.

Estas no son las dos guias fieles que el cielo nos ha dado para defensa de nuestra salvacion: son mas bien dos enemigos ocultos que baxo de apariencias falaces velan con estudio para nuestra ruina. El infierno los ha mandado á la tierra con el fin de imitar el temor santo y la justa esperanza. „ Tu Dios ( me díce la recta esperanza )
„ tiene preparados inmensos pre-
„ mios al que le busca. Amalo
„ con la plenitud del afecto y
„ si acaso le has ofendido, su
„ perdon se extiende tambien á
„ los que se restituyen de nue-
„ vo à su amor. Eternos casti-
„ gos ( clama el temor santo )
„ aguardan al que no ama á su
„ Señor: amalo tu y si por su-
„ ma desgracia abandonaste su
„ amor, implora sin tardanza su

„ clemencia." Estos dichos celestiales tambien los imitan el temor fingido y la esperanza maligna; mas solamente en parte, y en quanto les basta para cubrir su engaño. „ Tu Dios „ ( me dice la una ) siempre „ perdona : contenta tus deseos „ y no te acobárde el pecado." Quando seducida caigo en la culpa y despues advirtiendo lo deplorable de mi estado vuelvo en mí misma con el arrepentimiento : „ tu culpa es „ muy enorme ( me dicta el otro) „ para merecer el perdon. Dios „ te ha desamparado : satisface „ sus deseos, ni te angusties por „ la gravedad y multitud de tus „ ofensas." Pero no es cosa dificil descubrir el fraude. El temor divíno, la esperanza inocente como hijos del cielo nos llevan

á Dios y como inseparables compañeros del amor nos unen al mismo con vinculos muy fuertes; los otros como ministros del abismo nos conducen á sus tinieblas, y como enemigos del amor nos alejan siempre mas de este noble principio. Pecadores, la falsa esperanza os ha seducido: pero no os dexeis engañar del otro consejero traydor. No es de un cruel carácter vuestro amable Jesus, fuente de puro amor y de todos bienes, siendo la mayor de sus delicias el hacernos á todos felices. Este es el exceso soberano de su suma bondad, y aunque á las veces su justicia castiga, la culpa es del impio que rehusa su amor, que desprecia su clemencia, què le obliga al castigo. El candor incorruptible de la divina luz no

puede estar unido á la mancha de la culpa, y el que en vez de separarse de esta se asocia á la misma con estrecha amistad, resiste á las influeneias beneficas de este purísimo sol de justicia para sumergirse en la miseria preparada al delinqüente. Pero el corazon piadoso de Dios no ama el castigo, antes bien nos convida siempre al arrepentimiento y nos ofrece el perdon. Temor infausto y deplorable, que con tus impulsos enemigos das la muerte al amor, alejate de mi presencia. Y tu acercate, ó verdad suprema y augusta, desciende desde lo alto de los cielos con tu santa luz á poner en fuga y reconcentrar en la eterna noche este horrendo monstruo venido á la tierra parra blasfemar el adorable nom-

bre de Dios y apoderarse de los corazones mortales. Habitadores de la tierra, oid sus palabras inconcusas. Ella en varias maneras ha hecho entender en el mundo sus voces; pero finalmente compareció en persona para instruirnos. La sola verdad nos enseña las sendas que nos conducen á la vida; antes bien élla misma es el puerto y el camino, el tèrmino y la via. Desde aquellos tiempos antiguos quando oculta baxo la Ley Mosaica guiaba los pasos de nuestros padres con los obscuros indicios de sus ritos y figuras, mientras á un pueblo obstinado en sus delitos y siempre opuesto á sus ordenes divinos intimaba el rigor de su justicia, mitigando sus amenazas: „ Convertios al Señor, (les de-

„ cia con palabras dulces y pia-
„ dosas ) convertios al Señor
„ para que se apiade de voso-
„ tros. Siéndo él benigno, míse-
„ ricordioso, paciente, lleno de
„ clemencia, ni puede compla-
„ cerse en vuestra perdicion,
„ ni quiere la muerte del peca-
„ dor sino que se convierta y
„ adquiera la vida. Convertios
„ á Dios y os salvaréis. El
„ sanará vuestras llagas. En el
„ mismo dia en que el impio
„ vuelva al Señor, su pecado no
„ le servirá de ruina. Por man-
„ chada que se halle su alma
„ será emblanquecida como la
„ nieve borrandose todas sus
„ culpas." Estos son oráculos
del que ni miente ni engaña.
La constancia de los cielos es
ninguna puesta en paralelo con la
firmeza de su palabra: la tierra

y los mismos cielos serán disueltos y confundidos en el gran caos de la nada antes que llegue à faltar la mas mìnima parte de sus dichos: son promesas del Altìsimo, son palabras de un Dios que aunque oculto á nuestra vista las profirió en la tierra por boca de sus santos: el mismo Dios venido en persona las confirmó mas copiosamente con sus obras, dichos y milagros. Hijos de Adan, ínclita descendencia, desterrados en la tierra, enxugad vuestro llanto, y consolad vuestro dolor. Viendose Dios ultrajado despidió á vuestros padres de un huerto de delicias porque fueron pecadores; vosotros fuisteis herederos de su pena por haber sido tambien participantes de su culpa. Pero él no odia la hechura de

sus manos; desde aquel punto en que su justicia determinó castigar vuestro delito su bondad destinó todos sus tesoros para socorrer vuestra infelicidad; y su amor viendo que como delinquentes debiais experimentar la venganza de la culpa, os deparó tambien un Dios para que consiguieseis el perdon y por su medio fueseis colmados de beneficios sin nùmero. Si á vuesttos padres dió por consuelo una esperanza obscura, ahora dá cumplimiento á sus promesas viniendo á la tierra para cubrirse de vuestra semejanza, buscaros con solicitud y estrecharos á su seno paternal. No os sirva de espanto su nombre grande y admirable; fixád la vista en su persona y desechad vuestros afanes. Mirad-

lo entre vosotros con semblante dulce y amistoso: contempladlo en la inocencia y ternuras de su infancia, en que ha depuesto toda la gloria de su magestad para animar nuestra confianza. En su venida anuncian la paz al mundo las celestes gerarquias celebrando al Dios de misericordia protector de los pecadores, á quienes viene buscando para salvarlos con el perdon absoluto de sus yerros? ¿Que amorosos artificios no usa para sanar sus almas? Vierte beneficios en gran copia sobre sus cuerpos: sana á los cojos, ciegos, paralíticos, leprosos, enfermos de todas dolencias. Se entretiene con ellos afable y benignamente, se sienta à la mesa en su misma compañia, corre tras de sus huellas por los lugares y ciudades de la Pales-

tina señalando con beneficios cada uno de sus pasos: quando trata de la salvacion se olvida de alimentar su cuerpo y de dar á sus miembros el necesario reposo ó con la quietud ó con el sueño. Se compara á sì mismo con una muger angustiada en buscar la dracma perdida, y llena de regocijo quando la encuentra. Se hace semejante al buén pastor que por barrancos y breñas corre tras de la oveja descarriada, y encontrandose con ella la pone sobre sus hombros con dulzura y alegria, la lleva al redil y festeja su suerte venturosa en compañia de los amigos y vecinos. Su corazon amoroso odia el castigo y solamente desea nuestro bien. Si los discípulos llenos de un falso zelo preten-

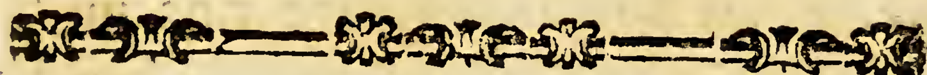
den venganza contra los que le ultrajan, él mismo les reprehende su imprudencia porque no conocen su génio benigno. Y quando vé falladas todas sus miras piadosas, inevitable el castigo, los pecadores obstinados en querer su ruina, él mismo se duele, llora, se quexa y clama lleno de afan: *ay! quantas veces quise yo acogerte y conducirte por los caminos de la salvacion!* Este pastor dulce y benigno á quien el amor de sus ovejas trajo desde los collados eternos hasta este valle obscuro y de miseria, ¿que otra cosa pudo hacer para constituirnos dichosos? ¿Quantas penas no sufrió por alcanzarnos en nuestra fuga? Las dificultades del camino no detuviéron sus pasos pareciéndoles suaves todas sus

fatigas y trabajos, que se compensaban en su tierno corazon con el gusto á que aspiraba de vernos puestos en salvo. Con este fin baxó desde el reyno de su gloria revistièndose de las apariencias del hombre. La pobreza y el rigor del invierno son las delicias de su nacimiento, su palacio una choza, morada y habitacion de animales. El sufre por nuestro bien: apenas ha hecho sentir sus primeros llantos en la cuna, y ya se ha comenzado á maquinar contra su vida. Quando un Rey tirano pretende mancharse en su sangre y destruir su exîstencia, con dificultad llega á salvarlo el amor de la augusta madre y del fiel custodio por una fuga precipitada y penosa. Con un solo imperio de su voz

divina, con un solo acto de su mente soberana pudiera deshacer los proyectos y la vida del iniquo perseguidor; pero sufre por nosotros. Casi seis lustros continuos vive pobre, despreciado y desconocido, trabajando á disposicion de una vírgen y de un artesano. El cielo y la tierra con todas sus riquezas son una parte de su dominio; pero èl trabaja, se fatiga, obedece y sufre por nosotros. Llegó por fin el tiempo de humillar al tirano infernal: sale á la luz del pùblico, se interesa en confundir los engaños y abatir el orgullo del reyno enemigo: procura unir á sí mismo todas las descendencias de los hombres, sacandolas del poder y dominio de las tinieblas para introducirlas en el cielo, y oye los tí-

tulos infames que se le atribuyen de seductor, rebelde, ambicioso del reyno, amigo del espíritu inmundo, sequaz del demonio y blasfemo. Estos son los modos ingratos con que se pagan sus beneficios. Unos convocan gente alarmada para arrestarlo, otros toman piedras en sus manos para acabarlo. Sin embargo él no se retira de la piadosa empresa: todo lo sufre para salvarnos. Llega finalmente la hora del poder de las tinieblas. ¿Quien puede soportar la vista de aquellos mortales despojos ensangrentados, mirar la cruel carniceria, y contar una por una las llagas? He aqui, ó mortales, nuestro libertador: el deseo de salvarnos le ha reducido á este estado: por nosotros está en el Calvario suspendi-

do de un patíbulo entre dos malhechores, maltratado con innumerables golpes, lleno de oprobrios, desnudo sin otro velo para cubrirse fuera de su pudor virginal, cruelmente traspasado de duros clavos en sus pies y en sus manos, y abierto por el costado con el furor de una lanza. El nos amó mientras tubo vida, nos amó en su muerte, nos amó aunque ingratos, y en el tiempo en que fuimos sus enemigos. Hasta en su mismo cadalso entre los dolores y angustias de la muerte, á vista de tantos insultos no se olvidó su amor de nosotros. Pide al Eterno Padre perdon por los pecadores... ay! yo no encuentro en mi sino llanto... He aqui un Dios, ó mortales... Reconocedlo, llorad su triste situacion y vuestras culpas, que fuéron la causa de tantos males.



# OCTAVA NOCHE.



## *LA MUERTE DEL PECADOR ARREPENTIDO.*

Dios mio! que estrecho y limitado es mi corazon! Si en la tierra es preciso rendirse á la fuerza de tu amor, ¿que será en el cielo? ¿Dios mio..... Ya recobro mis sentidos y alientos..... Pero no veo al Mensagero celestial ausentado ya de mi presencia. ¿Con que ántes que la aurora dé principio al nuevo dia partiré de la tierra para entrar en tu venturoso reyno? En efecto siento que el alma rompiendo los vinculos de la carne que la man-

tienen en prisiones vuela hácia el término de sus suspiros..... Jamas me vi tan fatigada..... Mis lánguidos miembros no tienen mas vigor. Piedra amada, lugar de mis breves reposos é interrumpidos sueños, acoge por la ùltima vez á esta tu huesped, yo me separo, pero siempre reconocida á tus piadosos oficios.....Ven, dulce y amada muerte, acercate finalmente..... te amo con ternura; tu eres un objeto suave á mis deseos porque un trasporte de amor á mi Dios ha accelerado tu venida..... Cueva de mis delicias, instrumentos de austeridad espantosos para el mundano delicado y sensual, pero agradables al mártir de abnegacion; tronco adorable de la cruz, imágen viva de aquel donde mi Dios depositò sus últimos alientos..... ¿con que expresiones os

darè á conocer la ternura de mi afecto? Parto al cielo, y sin embargo la despedida me conmueve..... Dulces compañeros de mis años de penitencia y soledad, vosotros me ayudastéis á conservar la gracia del Señor. ¡Que ideas tan gustosas despertais en mi memoria en este momento!..... Aqui pasè los años dichosos de mi conversion....... Quantos beneficios, Dios mio, me distribuiste en este retiro..... Permiteme que aun por una sola vez te presente en este mismo lugar el tributo de mi reconocimiento..... Ay! mi corazon queda oprimido de nuevo..... Que diversidad de afectos le asaltan á competencia..... El contento, el amor, el afan, la gratitud, el deseo, el arrepentimiento..... O gran Dios! no puedo resistir á un torrente tan impetuoso.... ¡O amor

ofendido! ¿con que yo iré al cielo?.. Aun hay puesto en esas mansiones eternas para una pecadora de mi caracter, para una ingrata Magdalena?... ¿Y mis culpas antiguas..... mis pasados desvarios.... los olvidaste sepultándolos en el abismo inmenso de tu misericordia?... Ay! dexame todavia en este destierro..... No soy digna de comparecer en tu presencia... Aun no es para mi la habitacion de los santos... No pretendo otra felicidad fuera de tu infinita clemencia, ni deseo otra cosa sino amarte en la tierra, llorar y padecer... ¿Pero acaso poco advertida te ofendo con mis expresiones?... Si así fuere, á tus pies me postro implorando entre los gemidos el perdon de mi yerro... Cumplanse tus decretos. Mi única felicidad es adorar tus designios. No ignoro qne tu ben-

dad se gloria de sorprehender con sus dones á las criaturas. Señor omnipotente en las misericordias, exâlta tu clemencia en mi indignidad, y triunfa en verme oprimida con el peso inmenso de tus favores: será toda gloria tuya si me veo precisada á pagar á tu liberalidad el eterno homenage de un estupor incesante. De este tributo es digno tu nombre. Mi confusion forme tu gloria y será sumo mi placer en quedar confundida. Te reconozco, te adoro y alabaré eternamente como grande é infinito en todas las cosas, inefable en la clemencia, liberal en premiar. Pero á lo ménos pudiera yo ofrecerte un amor digno de tu grandeza... Quisiera... no puedo, lo conozco, ó divino amor mio... Desdichada de mi!... A un amor tan grande de mi Dios yo.... triste pecadora.... con

afectos tan dèbiles y caducos.....
¿Mas adonde voy con mi pensamiento? ¿Pretendo acaso pagar con igualdad los beneficios de mi Señor? ¿Por ventura quiero compensar sus dones con mi gratitud? Y quien soy yo? Quien es Dios? La criatura...el Criador. .la nada... el todo... un poco de tierra... O gran Dios que de nadie necesitas y de quien reciben su ser las existencias, si todas las cosas son nada en tu presencia, ¿que puedo darte fuera de tus mismos dones? Soy hechura de tus manos, todo mi bien lo he recibido de tu liberalidad, este amor mismo que arde en mi pecho es una emanacion del tuyo, una llama divina que nace de tu amante seno y hace retorno al mismo centro de donde tubo su orígen. Inmenso Dios, solamente tu mereces ser amado, solo tu pue-

des amarte á proporcion de tu mèrito, tu solo amor basta para hacer perfecta tu bienaventuranza. Si has permitido á otros séres que te amen, no ha sido siño por comunicarles una parte de tu felicidad. Salgo fuera de mi centro que es la nada, corro á sumergirme en el insondable pielago de tus perfecciones y me embeleso en las dulzuras de tu santo amor. Dios grande y admirable, mi voluntad es la tuya: me llamo contenta porque tu eres feliz, soy feliz porque tu eres dichoso. Tu felicidad es la mia, y aunque tus perfecciones no teniendo límites no pueden confundirse con las prerrogativas de un ser imperfecto y limitado, sin embargo mi suerte es venturosa en grado sumo porque se apoya en la sola complacencia de verte tan perfecto y tan dichoso.

No hallando gozo en las criaturas me escondo en el seno de la divinidad para entregarme toda á tu solo amor, y mientras renuncio los contentos vanos, inútiles y caducos del tiempo, encuentro en un Dios el manantial inagotable de delicias. ¡O mortales! ¡ó augusta descendencia nacida á la luz con el noble destino de gustar los placeres inexplicables de la divinidad! ¿Que obstàculo infausto separa vuestros afectos de un fin tan glorioso? Desdichados! corréis en busca de la felicidad, y ésta se retira dexándoos por herencia la misma nada. Una sola es la fuente de la bienaventuranza como es uno el orìgen de las exîstencias. Las demas criaturas tienen completa su perfeccion característica en los respectivos destinos señalados por la providencia suprema:

vosotros no teniendo sino un principio queréis formar el complemento de vuestra perfeccion con el único esfuerzo de vuestra mano. En vano pretendéis usurpar este derecho del Excelso levantando un muro de division entre su ser infinito y el vuestro limitado. Con la inutilidad de tales proyectos quedais solos en eterno desamparo no pudiendo adquirir con la falta de un Dios sino la infelicidad de infinita miseria. O tierra! ò mansion de desterrados! la primera vez que comparecí en la escena de tus infortunios sin conocerlos te saludé con mi llanto, y ahora despues de haber adquirido el conocimiento práctico de tus males no puedo en la despedida negarte el tributo de amargas làgrimas. Como hija de Adan he pasado los dias de mi destierro

observando una por una las desolaciones de tus habitantes. Yo parto; ¡pero quantos infelices dexo en tus recintos! Ay hermanos mios! ¿Porqué no podré hacèros á todos felices? Vuestras penas me entristecen y acongojan: mas el pecado es lo que excita mayor compasion en mis afectos para llenarme finalmente de un profundo dolor. Habiendo sido tambien yo pecadora en un tiempo, la divina bondad quiere salvarme: ¿pero vosotros seréis eternamente excluidos de una suerte tan feliz cayendo en el lago de eterna miseria? ¿Ni nos verémos en la patria, ni nos hallarémos juntos en otra ocasion para jamas separarnos? ¡O Señor ultrajado! ¡O hermanos mios! ¿que puedo hacer por vuestro bien? ¡O Dios de clemencia que hasta el pre-

sente has oido mis súplicas con tanta piedad, no desdeñes el último ruego con que me postro al pié de tu trono ántes de despedir fuera de mi pecho el postrer aliento! Los hombres te ofenden, porque no conociendote ignoran lo que hacen: es verdad que siendo culpable su error son reos merecedores de tus castigos; pero estan revestidos de una naturaleza flaca, débil y enferma. No hagas pompa de tu poder contra un poco de polvo, que es arrebatado por qualquier viento aun muy ligero. Resplandezca en ellos tu misericordia para que salvos canten eternamente tus alabanzas en el cielo. Perdonalos por tu gloria y por tu augusto nombre: si tu infinita magestad vilipendiada pide reparacion de la injuria, en la sangre

de un hijo divino se encuentra la recompensa igual y enteramente digna de tu grandeza. Aplaquense con esa víctima tus enojos, y con ella se satisfaga de lleno tu justicia para reconciliacion de los míseros pecadores. ¿Que utilidad recibe tu grandeza con la pèrdida de tantos desdichados? Dios mio, apártalos de las sendas que sin remedio los conducen al último precipicio, y acógelos en tu seno paternal y amoroso. Derrama tu luz benefica sobre la obscuridad de estos caminos para que todo el mundo te reconozca y venére como á Dios vivo y verdadero, para que todos te adoren y sirvan no ménos en la tierra que en el cielo. Y vosotros que habeis ofendido á Dios con la culpa no desprecieis sus llamadas.

¿Que temor imprudente os aleja de quien puede salváros? Corred á sus pies implorando clemencia y confiando en su bondad. Conozco por experiencia las ternuras de aquel corazon que no despide á los que vuelven compungidos: si las molestas cadenas del pecado os tienen estrechamente unidos à sí, y abrumados con su peso, no desconfieis para clamar por el auxilio del que promete romper vuestros lazos, poneros en libertad y restituiros á su amor. En sus manos estan igualmente vuestro arrepentimiento y el perdon: con tal que le pidais humildemente su gracia, él ha prometido concederos ambos dones de mudar vuestros afectos y reformar vuestros corazones con la libertad de hijos de Dios. Nada

es imposible con su poderoso socorro que hace llano lo dificil y dulce lo amargo. La amable paz volverà sobre vosotros y con ella el valor, la fuerza, la constancia. Pasaréis tranquilos vuestros dias: el mismo llanto que vertiréis sobre la injusticia de vuestros yerros serà suave y alegre: en el fin de vuestra vida hallaréis á un Dios piadoso que colocandoos en su benigno seno enxugará vuestras lágrimas para conduciros á los gozos eternos. Una persona divina descendió á la tierra para hacerse garante de vuestra felicidad: pidiendo en su nombre nada puede negar el divino Padre con su mediacion. Pecadores, oid por último el aviso de quien os ama y anhela vuestra salvacion: habla la que en un tiempo fué

semejante á vosotros en sus delitos, y ahora vuela hácia el cielo por la misma bondad divina que se os recuerda. Corred compungidos á implorar la clemencia de vuestro Dios. Este es el ùltimo consejo de la Magdalena en su muerte. ¿Pero á quien dirijo mis voces y quien me oye? ¡Ay! el viento lleva consigo mis palabras. ¡O buen Jesus! ó Redentor de los hombres! ¡O nombre de esperanza y salvacion! Te encomiendo los pecadores, pues baxaste del cielo á la tierra para buscarles: no permitas que alguno de ellos se pierda, sino àntes bien salvalos á todos y colócalos en la region de una feliz eternidad. Adorable Señor! ¿por ventura se han derramado en vano tantos sudores y tanta sangre?....

Mas ¿que nueva sensacion tan suave se extiende por todos mis miembros? Al oir tu dulce nombre mi alma siente desatarse los vínculos de sus prisiones, y se dispone para huir presurosa á disfrutar de las delicias sempiternas. Jesus y Dios mio, mi respiracion es entrecortada y suspira su postrer instante: mi exîstencia mortal ya està en su fin.... ¿Y esta es la muerte tan terrible para el hombre? ¿Es este el castigo de los hijos de Adan?.... No la experimento como pena sino como un sueño placentero. Tu eres, Jesus mio, quien la hiciste tan dulce... ¡Dichoso una y mil veces aquel dia en que me acogí á tus pies sagrados!.. ¡Dios de bondad y de clemencia! y yo cantaré eternamente.. tus... inefables... misericordias....

17-0

